



A.G. KELLER

ALLY

LA HISTORIA DE ALLISON Y ROBERT



A.G. KELLER



ALLY



LA HISTORIA DE ALLISON Y ROBERT

Título ALLY La Historia de Allison y Robert.

© 2016 A.G. Keller

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Abril 2016

Safe Creative: 1604017126082

Diseño de Portada: China Yanly / locca26@gmail.com



Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Para mis lectores, sin ellos esta historia no tendría vida...

para ustedes, que valen tanto.



Capítulo 1

—Señorita Allison, su taxi acaba de llegar.

Avisó la secretaria de la sucursal de California, con una sonrisa en los labios.

—Gracias —comenté con alegría cerrando el maletín.

Luego de tomar la pequeña valija de ruedas, comencé a caminar en dirección al taxi que me llevaría al aeropuerto.

Había pasado cuatro días en Los Ángeles, la oficina central de Nueva York, me había enviado a cerrar una importante negociación.

Trabajaba para: *Complements*, una empresa dedicada a la distribución de productos de belleza a nivel mundial. Yo me encargaba de adquirir nuevas cuentas y cerrar ambiciosos tratos.

Mi empleo me gustaba demasiado, disfrutaba de mi independencia, me había transformado en eso que llaman “Adicta al Trabajo”. Hasta podría asegurar que mi fascinación por cumplir mis metas en el campo laboral me había costado mi matrimonio con Josh McCoy, el padre de mis gemelas: Tara y Amy. A las que trataba de brindarles calidad de tiempo, ya que me la pasaba viajando de una ciudad a otra, representando a la corporación.

Una vez que localicé mi asiento en el avión, un mensaje de texto de mi novio, perdón... prometido, me sacó de mis cavilaciones. Después de nuestro apresurado compromiso, sentía que los días estaban pasando muy deprisa, que el tiempo no me alcanzaba para nada, en especial para la planificación de una boda.

Sentí como una inmensa sonrisa se formó en mi rostro, al ver nuestra fotografía en el fondo de pantalla del móvil. Y es que Robert, no necesitaba inventar nada fuera de lo normal para hacerme suspirar.

Robert: Paso por ti al aeropuerto. Te extraño...

Allison: Y yo con ganas de arrancarte la ropa.

Robert: Jajaja. Es justo lo que espero que hagas. He arreglado una noche para dos, no te preocupes por las niñas que están en buenas manos.

Allison: Siempre pensando en todo, por eso te adoro.

—Señorita por favor tiene que apagar el teléfono, estamos a punto de despegar —me ordenó la azafata en tono cordial.

Le mandé un último mensaje a Robert de despedida, para luego relajarme imaginando las posibles sorpresas que estuviera preparando. Él era un hombre encantador, caballeroso, amable, respetuoso y muy paciente. Pero también tenía un carácter fuerte.

Aunque no se lo conocía de primera mano, había sido testigo con mi mejor amiga, Mía, de lo cruel que podía llegar a ser. Lo mejor sería no conocerlo nunca ¿cierto?

Abrí la ventanilla y fijé mis ojos en las nubes que rodeaban el avión. Era un vuelo de cinco horas veinte minutos. Suspiré sonriendo, cuando el recuerdo del día que nos conocimos cruzó por mi mente:

Fue una tarde de Agosto del 2013. Hace año y medio. Lo recuerdo muy bien, porque me estaba bajando del taxi frente al edificio de apartamentos donde recientemente me había mudado, cuando inesperadamente un hombre me arrebató la cartera.

Molesta y llena de angustia, salí corriendo tras el ladrón. No sé cómo logré alcanzarlo montada en mis zapatos de tacón de aguja de trece centímetros. Todo por recuperar mi exclusivo bolso Louis Vuitton, de la temporada. Me había costado una fortuna y no se lo dejaría llevar sin dar una buena pelea.

Forcejamos por unos instantes, hasta que de la nada apareció una mano de hombre, que le propinó al rufián un puñetazo tan fuerte que lo mandó directo al suelo.

Me lancé como una gata a recoger mi bolso que cayó a un lado de la alcantarilla, todo su contenido había quedado esparcido a un lado en la acera: estuche de lentes de sol, bolsa de maquillaje, llaves del apartamento, móvil y por supuesto goma de mascar.

—¿Estas bien? ¿Te has hecho daño?

Fui interrumpida en medio de mi tarea de recolección, por una voz masculina, grave, pausada pero vibrante. Mientras el rufián salía corriendo despavorido.

Levanté la cabeza para encontrarme con un adonis frente a mí: Un metro ochenta y siete de pura perfección masculina. Piel bronceada, cabellos castaños. Poseía unos hermosos ojos azules, tan cristalinos como el cielo.

Se le notaba que rondaba los cuarenta y tantos, pero no se podía negar que el muy condenado se conservaba en una excelente condición física. Mis ojos, se detuvieron en lo que podía considerar como la más hermosa sonrisa que haya visto jamás. Y lo mejor de todo... estaba dirigida a mí.

Como una colegiala me sonrojé hasta el cuero cabelludo. Sin embargo traté de ignorar el nerviosismo de lo ocurrido y con manos hábiles, terminé de introducir mis pertenencias, para aceptar la mano que me tendía el desconocido, ayudándome a ponerme de pie frente a él.

Deseaba decir algo sensato, interesante tal vez, pero por desgracia lo único que modulé fue un simple:

—Gracias.

Para completar, las gafas de sol que sostenían mi cabello, se resbalaron. Pero antes de aterrizar en el suelo, este hombre que poseía un reflejo de felino, las atrapó en el aire. Sonreí con alegría, como si fuera una niña con helado, y hasta estuve a punto de aplaudir su hazaña... pero me controlé.

—Ray Ban Aviator —pronunció cada palabra con lentitud—.Escogió muy bien —añadió esbozando una sonrisa, mientras sus ojos se posaban en los míos.

—Yo... pues... —me volví torpe, cosa que me sorprendió y no logré encontrar las palabras para responder con propiedad.

«Si tan solo dejara de sonreír, quizá podría retomar el control de mí misma. Como también daría lo que fuera para poder verificar mi apariencia frente a un espejo, o por lo menos en el reflejo de una vitrina» pensé contrariada barriendo la estancia, pero la suerte no estaba de mi lado.

El timbre de su móvil sonó en alguna parte de su elegante vestimenta. Su mirada se desvió mientras lo buscaba. Dándome la oportunidad de observarlo por unos instantes: vestía un traje hecho a la medida de tres piezas, en un tono azul claro, corbata a juego y camisa blanca, nada extravagante, pero a él, le lucía fenomenal.

Con la calma ya recuperada, esperé a que terminara la llamada para presentarme y agradecerle su heroísmo.

—Allison Lowen.

—Robert Watts. Tenga sus gafas y no las pierda, estoy seguro que se le ven muy bien.

Estaba a punto de derretirme ante sus palabras, sin embargo me mantuve firme, para continuar con fuerza:

—Gracias por todo. No sé qué hubiese pasado si no hubieras llegado —solté un suspiro de satisfacción cuando las recibí de sus manos.

—Eres una mujer muy valiente, Allison, al enfrentarte con ese rufián.

Solté una risita un tanto irónica ante su educada observación, pero me contuve de decir un mal comentario al verlo aproximarse unos pasos, dejándome apreciar su agradable aroma que flotaba a mí alrededor. Suspiré... era suave, con notas de madera, una atrayente combinación.

Era evidente que él, no estaba al tanto de que yo era una chica débil ante una buena fragancia masculina. Y fue en ese momento cuando le di gracias al cielo, porque desvió su mirada para detenerla por un fracción de segundo en las gafas de sol, que todavía seguían en mis manos. Fue así como pude concentrarme para contestar:

—Me temo que en esta ciudad estamos rodeados de rufianes —asintió sin dejar de sonreír.

«¡Eh! Al fin recobré la cordura», pensé y proseguí más confiada.

—¿Vives en el edificio?

—Sí. ¿Tú también? —Parecía sorprendido, pero de todas formas continuó—. En el último piso —agregó entregándome una tarjeta de presentación, tocando suavemente mis dedos.

Al leerla me enteré que Robert Watts, era médico, como también que gozaba de una muy buena posición como jefe del departamento de cirugía, en uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad.

Seguimos hablando mientras ambos caminábamos en dirección al elevador. Le conté

de los pocos días que tenía de haberme mudado al apartamento, incluso le confesé que aún estaba desempacando las últimas cajas. Lo cierto era que estaba intentando ignorar el efecto que había producido el roce de su mano sobre mi piel.

—¿Qué te parece si te invito una copa? —Me asombró su inesperada propuesta, pero lo que más me gustaba era el tono de su voz: cálido y penetrante—. A las siete, en mi apartamento —agregó sin dejar de sonreír.

Automáticamente un ardor me invadió cuando su mirada azul cielo atravesó la mía... ese hombre era irresistible. Conocer a Robert, me pareció tan intenso y al mismo tiempo tan natural, tan simple, que la sola idea de no volver a toparme con él, me horrorizaba.

—Iré —respondí, alegrándome al ver cómo se iluminaba su rostro al escucharme.

Nos despedimos al salir del elevador, con un simple gesto. Pero al pasar a su lado, mi brazo rozó el suyo, provocando una especie de suave quemadura que me inquietó en el buen sentido. Sin embargo salí arreglando mi cabello, haciéndole creer que no tenía importancia.

«Esa sería mi estrategia con Robert Watts. No parecer desesperada por su toque y mucho menos por su atención. Algo me decía que era un hombre acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies» pensé al observar lo seguro, convincente y firme de su personalidad.



Capítulo 2

Al llegar al apartamento, le pedí, rogué y hasta supliqué a Nana Moritz, la niñera que cuidaba de las gemelas a tiempo completo, para que se quedara esa noche con ellas, pero nuevamente la suerte me pateaba el trasero... su negativa fue inflexible.

Aunque era una mujer cariñosa, responsable y siempre dispuesta a ayudarme en casi todo lo que necesitaba, esa noche no lo hizo. Así que como una mujer práctica que soy y por supuesto para no atormentarme más de lo que estaba, decidí tomarlo como una señal del destino. No me quedó más remedio que excusarme con un mensaje de texto.

Allison: Lo siento Robert, gracias por la invitación, pero no podré asistir.

Robert: ¿Te puedo ayudar en algo, damisela en apuros?

Allison: ¿Damisela en apuros? Jajajajaja muy chistoso. Créeme, te lo hubiera pedido, caballero medieval.

Robert: Agradezco lo de caballero, siempre a tus órdenes. Espero lo podamos intentar en otra ocasión.

Allison: Yo también.

Suspiré ilusionada por sus palabras, aunque no significaran nada en lo absoluto, me pareció que le habían dado un toque especial, diferente y un tanto clásico a su estilo...

La azafata interrumpió mis recuerdos al colocar un plato de comida sobre la pequeña

bandeja. Y después de mi segunda copa de champaña, me dispuse a responder unos correos electrónicos que tenía atrasados, desde la portátil.

No quería tener nada pendiente con respecto al trabajo, porque mi tiempo se lo dedicaría a Robert por completo. Sin embargo encargué una tercera y última copa, pretendía llegar en mis cinco sentidos, estaba dispuesta a comérmelo a besos y mordiscos. Así que trabajé el resto del vuelo sin parar, pero un segundo antes de apagar el ordenador, entró un correo electrónico de Mía.

De: Mía Watts

Para: Allison Lowen

Asunto: Fiesta de Pijamas

Te escribo rápido, ando con las gemelas y vamos de camino al apartamento de Connor. Tranquila que no soy la que conduce...

Hemos organizado una fiesta de pijamas para las niñas, no te preocupes por nada, porque la van a pasar genial, además contamos con la ayuda de Irma. Puedo imaginar la cara que tienes, de seguro has puesto tus ojos en blanco... está bien lo confieso sin ella la *PIJAMADA*, sería un fiasco.

No te quito más tiempo, nos vemos pronto y disfruta de tu noche a solas con mi padre.

Una cosita, antes que se me olvide, papá quiere fijar la fecha de la boda, dice que la última vez que lo intentaron algo sucedió.

De todas maneras no digas nada, hazte la sorprendida. En fin ya me contarás...

Mía.

Cerré la portátil sintiendo como la angustia cerraba la boca de mi estómago...

«¡Demonios Robert! ¿Por qué tanto apuro?» Pensé contrariada.

A lo lejos escuché la voz del piloto anunciando que estábamos a punto de aterrizar en

Nueva York.

—Respira Ally, respira —me dije en voz baja tratando de tranquilizarme. No lograba entender su premura.

«¡Con lo bien que la estábamos pasando!» Suspiré resignada.

En cuanto atravesé las puertas mecánicas del aeropuerto, mis ojos se posaron en Robert. Quien esperaba recostado de su flamante *Mercedes*, negro, último modelo. Vestido con uno de sus habituales trajes de tres piezas. Este era de color gris plomo, camisa azul claro y corbata a juego, que se le ajustaba a su cuerpo como a nadie.

Nuestras miradas se encontraron, provocando que todas mis preocupaciones se esfumaran. Nada era importante, cuando estaba en la presencia de Robert Watts. Eso era lo que lo hacía tan especial, esa atracción animal que sentíamos era única para mí.

Una sonrisa socarrona le adornaba el rostro, extendió su mano y me arrastró a su pecho. Me dejé envolver por su perfume, como también por la dulzura de sus labios que se adueñaron de los míos. Fue un beso corto pero muy provocativo.

—Bienvenida, mi damisela en apuros, tengo una sorpresa para ti —susurró en mi oído provocándome un delicioso escalofrío.

—Robert... —dije haciendo un pequeño puchero—. Sabes que no me gusta que me llames damisela en apuros —murmuré con ojos risueños, pretendiendo estar dolida, para luego agregar—. ¿Una sorpresa?, vaya... —y él sonriendo como de costumbre, decide no adelantarme sus planes.

—Te va a gustar —aseguró besándome antes de separarse de mí para guardar el equipaje en el maletero.

Con la educación de un caballero inglés, abrió la puerta del coche para luego ayudarme a entrar, volvió a besarme con ardor antes de retirarse a ocupar su lugar detrás del volante.

—¿Dime que es? —intenté averiguar.

—Ya verás, no seas tan impaciente...

Palmeó mi pierna para tranquilizarme, sacando el diario que se encontraba en el asiento trasero. Mis ojos se ampliaron al corroborar que allí salíamos los dos,

sonrientes, en la primera página de sociales del *New York Times*. Dónde anunciaban nuestro inminente compromiso.

—¡Oh, Dios! Aparecemos en la primera página de sociales —dije alarmada al vernos en la fotografía, que por cierto no era la mejor. Sin embargo, Robert soltó una carcajada.

—¿Qué te parece? —preguntó entre risas.

Mi mente me transportó a unos meses atrás, esa precisa noche en la que me pidió matrimonio, frente a sus familiares:

—¡Atención, por favor!

Robert se levantó de su puesto en la mesa y metió la mano dentro del bolsillo de su pantalón, sacando una cajita aterciopelada color negro. Mi corazón palpitaba desbocado dentro de mi pecho al maginar lo que sucedería a continuación.

—Gracias a todos por venir. Quiero aprovechar la oportunidad de que mis padres estén presentes, así como mi buen amigo Connor, y por supuesto, mi hija. Que ha hecho de cupido en esta historia, la atención que les pido es para hacer una petición.

Se acercó, puso una rodilla en el piso y me tomó una mano, mientras me sonrojaba de tal manera que por un momento temía que me fuera a dar algo.

—Allison Lowen...

Me miró con tanta intensidad y amor que yo no pude evitar que mis ojos se empañaran por la alegría. De reojo vi cómo su madre, la señora Esther, secaba sus lágrimas con una servilleta mientras Mía, nos observaba con devoción.

—Desde que te vi en mi cocina con las gemelas haciendo galletas con chispas de chocolate, supe que había caído rendido a tus pies. No puedo vivir un día sin verlas. Te amo Allison —no soporté más, y con manos temblorosas traté de limpiar las lágrimas que rodaron por mi rostro—. Por favor, no llores mi vida, yo solo quiero hacerte feliz —procuré tranquilizarme—. ¿Quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz del mundo?

Lo observé con una ternura indescriptible. El amor que nos teníamos era palpable. Robert, abrió la cajita para enseñarme la flamante roca de diamante montada en oro blanco que se hallaba dentro de ella... era exquisita y delicada.

—*¡Sí!... Sí... Robert. Yo también te amo.*

—No lo puedo creer, no sabía que me estaba comprometiendo con un hombre famoso
—comenté sonriendo, con los ojos empañados de la felicidad por el recuerdo.

—Y yo que pensaba que sabías con quien estas a punto de casarte. No dejas de sorprenderme preciosa —volvió a reír con entusiasmo.

—Todo Nueva York se ha enterado, me parece increíble —suspiré leyendo el artículo.

El doctor Robert Watts, finalmente deja de encabezar la lista de los solteros más codiciados de Nueva York, una chica de Denver, le ha tirado el anzuelo...

—¿El anzuelo? Vaya lo que hacen los diarios, se inventan cualquier cosa para vender
—lo cerré tirándolo al asiento trasero, después de leer que se referían a mí como una oportunista—. Estoy cansada, hambrienta y con muchas ganas de descalzarme estos tacones torturadores —fue mi forma de finalizar ese tema.

—Vamos a casa entonces, no se diga más —sentenció acariciando mi mano.



Capítulo 3

Al llegar al apartamento de Robert, un exquisito olor a rosas inundaba el ambiente, una luz tenue producida por un camino de velas, iluminaba todo el pasillo, desde la sala hasta su habitación... lo más tierno era el detalle de los pétalos de rosas, que cubrían el camino.

Abrumada por el romanticismo de mi adorado prometido, me llevé la mano al pecho emocionada por su gesto. Esa forma tan magnífica de ser conmigo, me tenía realmente embrujada.

Deslumbrada y sin saber que decir, me giré hacia Robert, cuya sonrisa había crecido aún más. En ese momento todo en él expresaba su entusiasmo y únicamente su voz ronca y suave llegaba hasta mí.

—¿Te gusta?

Recosté la cabeza en su pecho e inhale su fragancia.

—Es demasiado, es imposible que no me guste, además lo encuentro muy romántico y seductor.

—Quería sorprenderte. Me has hecho falta... te necesito —agregó casi sin voz, antes de que su boca se apoderara de la mía con desespero.

Con manos ansiosas, comencé a desabrochar los botones de su chaleco, mientras Robert lanzaba la chaqueta al aire. Para luego guiarme hasta su dormitorio.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos? —le pregunto mordiéndome el labio inferior, mientras soltaba los botones la blusa quedándome en mi sujetador de encaje violeta.

Él, me miró sin decir nada, dividido entre las ganas de tomarme por la cintura o volver a besarme.

Se acercó, clavando sus ojos en los míos, y levantando una de sus manos comenzó a acariciarme desde la base del cuello hasta mis pezones, con una sensualidad que me arrancó un largo suspiro.

—No te quites nada más... —me llevó hasta la cama, mientras yo obedecía encantada—. Aférrate al borde y alza las caderas... te quiero tomar desde atrás, con falda, tacones y esa diminuta ropa interior que te pretendo arrancar.

Mi ritmo cardiaco se aceleró y aunque cerré los ojos excitada, mi escasa desnudez me parecía vibrante, impúdica y peligrosamente sexy.

Robert, subió mi ajustada falda para arrancar de un tirón el pequeño pedazo de tela, que cubría mi sexo, y en seguida escuché cuando rasgó el empaque de la protección.

Esta era la primera vez que me tomaba en esta posición, me sentía a su merced, la idea de lo que estaba a punto de pasar me excitaba demasiado.

Sus dedos subieron con lentitud por la parte interna de mis muslos al encuentro con mi intimidad, no pude contener un gemido cuando uno de ellos alcanzó mi vulva ya empapada.

—Me vuelves loco —dijo con voz ronca acariciando lo redondo de mis nalgas—. Estás divina.

Robert, iba dejando húmedos besos desde la base del cuello, a lo largo de mi columna vertebral hasta llegar a la cintura, dejándome jadeante, con ganas de más, y el suave contacto de sus manos sobre mis caderas mientras me besaba, me quemaban literalmente.

Con los ojos aún cerrados me dejé invadir por un delicioso calor que me subía por el cuerpo. Sentí su mano soltar el broche de mi sostén, deslizando sobre mis hombros los delicados tirantes, descubriendo mis senos ya endurecidos por el deseo.

De un empuje introdujo su virilidad en mi sexo, haciéndome temblar bajo la oleada de deseo que me invadía. Estaba tan perturbada que no me atrevía abrir los ojos, mientras imaginaba su rostro devastador. Él era el único hombre con el que deseaba que esa intensa sensación durara una eternidad.

Después de tomar una ducha nos fuimos a la cocina para comernos un sándwich y tomaros una cerveza. Robert me contó lo que hizo en mi ausencia, cómo también me puso al corriente de las gemelas y la fiesta de pijamas programada a última hora en la casa de Connor. Luego nos fuimos a la cama a descansar, estábamos agotados.

—Tenemos que hablar, Ally.

—Lo estamos haciendo —le sonreí pasando un dedo por su mandíbula.

—Tenemos que ponerle fecha a la boda...

—Lo sé —respondí con dulzura, silenciándolo con un beso corto pero muy apasionado.

—No me distraigas —sonrió tomando mi barbilla, para separarme de él.

—No te distraigo cariño... ¿es un delito que quiera besarte?

—Sé lo persuasiva que puedes llegar a ser, mi querida damisela en apuros.

Resoplé con fastidio e intenté salir de entre sus brazos, pero Robert, me conoce demasiado bien, porque se carcajea para abrazarme con más fuerza.

—Sabes que no me gusta que me llames así —dije pretendiendo estar molesta, aunque con él, era imposible.

—Es una broma preciosa, adoro tu forma de reaccionar, no te molestes conmigo —rozó su nariz con la mía con tanta ternura, que era difícil no derretirme.

—Tenemos que pensar en una buena fecha —comenté viéndolo a sus profundos ojos azules.

—Yo ya pensé en una, me gustaría que fuera para dentro de tres meses. En el verano, ¿qué dices?

—¿Qué digo? ¡Que es muy apresurado, Robert! —me salí del calor de sus brazos para sentarme, cubriéndome con la sabana—. Cariño, tres meses es muy poco tiempo. Además...

—¿Además qué Allison?

En lo que escuché mi nombre completo, no Ally, no cariño, no preciosa. Supe que Robert, estaba perdiendo la paciencia.

—Además... no has hablado con mis padres.

—Pensé que les habías contado de nuestro compromiso.

—Y lo hice, pero ellos son muy tradicionales.

—Entiendo, tienes razón preciosa. Voy a planear para tomar unos días libres en el hospital, así podremos visitarlos y pedir tu mano como es debido. ¿Te parece bien?

«¿Qué si me parece bien? No lo sé, pero no le puedo contestar eso...» Asentí.

—Sí, es perfecto que vayamos a visitarlos. Cariño, no me lo tomes a mal pero necesitamos mínimo un año para organizar la boda, así que no te apures —lancé mi última jugada tratando de ganar algo de tiempo. Pero Robert, alzó una ceja en lo que escuchó la última frase.

Corrí con tanta suerte que fui salvada por la campana, su móvil sonó con el ring especial que nos anunciaba que debía volver al hospital.

Apartó la vista de la mía y se levantó a tomar la llamada fuera del dormitorio, me sentía terrible por no darle la importancia que se merecía a nuestro compromiso, a la boda y a toda esa planificación que me parecía tan tediosa. Pero es que muy en el fondo, yo no era una chica que se moría por casarse, y mucho menos después de mi fracaso con el padre de mis hijas.

Al regresar se apoyó del marco de la puerta... se veía tan sexy en sus pantalones de pijama sueltos que le caían a la cadera divinamente, junto con su cabello desordenado.

—Lo siento, pero tengo que volver al hospital —se acercó para depositar un beso en mi frente, haciéndome sentir como una niña—.Prométeme que lo pensarás Ally. Prométeme que nos vamos a casar en el verano. No soporto seguir viviendo separado de ti y de las niñas. No por tanto tiempo.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en mi corazón, desde que comenzamos a salir hemos sido inseparables, además Tara y Amy lo adoran, para ellas Robert era muy importante. Yo sabía que él tenía toda la razón, que alargar lo inevitable era una tontería

—Lo pensaré —le aseguré con afecto acariciándole la mejilla.

Una lenta sonrisa cruzó su rostro para luego desaparecer de mi vista... y allí estaba yo, una mujer del milenio, independiente, segura, e inteligente. Pero que no era capaz de confesarle al amor de mi vida, que le tenía miedo a un nuevo fracaso y que prefería mil veces continuar como estábamos.

Al quedarme sola, los recuerdos me invadieron, en especial el de nuestro primer beso:

Pasaron dos días después de nuestro primer encuentro, caminaba por el vestíbulo hacia la salida del edificio, para alcanzar un taxi que me llevaría al aeropuerto Kennedy, cuando me topé con Robert, quién concentrado recogía su correspondencia. El sonido de mis Stilettos llamó su atención.

Lo miré con una sonrisa ansiosa mientras agitaba la mano en señal de despedida. Pasé erguida contoneando mis caderas con ligereza, al mismo tiempo que agitaba mi cabello.

«Sólo imaginar en tener una simple amistad con este hombre hecho para el pecado... era terrorífico». Pensé tratando de ignorarlo.

Estaba segura que mi soledad y las ganas locas de llevármelo a la cama, me estaban pasando factura. No gozaba del placer de tener sexo casual desde hacía unos ocho meses, tiempo suficiente para hacer desvariar a una chica joven y llena de vida como lo era yo.

La última vez que disfruté de la compañía masculina, fue con uno de los proveedores en una de las sucursales en la Florida. No estaba orgullosa de ello, pero no estuvo tan mal.

Lo cierto era que estaba necesitada, mejor dicho urgida por algo de acción.

Mientras esperaba que pasara el taxi, Robert, detuvo su coche frente a mí bajando la ventanilla:

—Por favor sube.

—Gracias, pero el taxi no tardará en llegar —aunque estaba loca por montarme, no quería sonar desesperada.

No nos veíamos desde el incidente con el ladrón de carteras.

—No tienes que esperarlo. Sube, te llevo.

—Pero si tú estabas llegando al edificio, no tienes por qué hacerlo. De seguro no tarda —pronuncié haciéndome la indiferente, pero en el fondo estaba rogando para que insistiera.

—Por favor... —dijo al tiempo que rodeaba el auto y me abría la puerta para que subiera.

Mi corazón saltaba de la alegría, al parecer mi negativa lo había animado... eso me

gustaba, mi estrategia aunque ya pasada de moda estaba resultando.

De inmediato supe que esta era una buena oportunidad para estar a solas, incapaz de resistirme un segundo más, me subí al coche.



Capítulo 4

—¿Adónde te diriges —preguntó ajustándose el cinturón de seguridad.

—Al aeropuerto Kennedy.

—¿De viaje?

—Sí, me toca ir a Miami esta vez.

—¿Esta vez? ¿Viajas muy seguido?

—Así es, viajo muy seguido por mi trabajo.

—Qué interesante... ¿te quedas mucho tiempo? —solté una carcajada.

—Son solo tres días.

Se mostró interesado en mi trabajo, así que le conté a grandes rasgos a lo que me dedicaba, mientras él conducía con destreza hasta mi destino. Me sorprendió gratamente cuando en vez de dejarme frente a una de las entradas, se detuvo en un puesto solitario dentro del estacionamiento.

«Eso sólo quería decir una cosa... quería un momento de intimidad y yo estaba dispuesta a dárselo». La idea cruzó mi mente con rapidez.

En cuanto apagó el motor y nuestras miradas se cruzaron, nos besamos con pasión, como desesperados, arrastrados por esa atracción que sentíamos. Al primer roce de sus labios y dominada por el deseo que sentía entre sus brazos, junto con las ganas de sentirlo, tocarlo y saborearlo. Me entregué al momento.

«¡Pero eso sí!, aclaro que no pasó de un largo, mojado y excitante beso».

Cuando estaba a punto de bajarme del coche, su móvil sonó y desde dónde me encontraba logré ver la fotografía que se desplegaba en la pantalla. Era la de una

mujer, una mujer joven... era el rostro sonriente de... ¡Oh por todos los cielos!, mi mejor amiga, o mejor dicho, la única amiga que poseía en todo Nueva York... Mía.

Al ver que no tomó la llamada, mandándola al buzón de voz y sintiéndome contrariada por lo que acababa de descubrir, me atreví a preguntar:

—Disculpa mi curiosidad, Robert, pero ¿de dónde conoces a Mía? —contra todo pronóstico, Robert soltó una carcajada.

—No me digas que eres una mujer celosa —dijo después de recuperar la compostura. Algo que no me hizo gracia en lo absoluto.

—No es eso... Robert... yo... —tomó mi mano para darle un ligero apretón.

—Allison, no tienes de qué preocuparte, la chica que acaba de llamarme, es mi hija.

—¿Tu hija? ¿Mía, es tu hija?

No lograba salir de mi aturdimiento al escucharlo confesarme de quién se trataba, era una información difícil de digerir, especialmente por lo joven que ambos lucían. Estaba segura que Mía, rondaba la veintena.

—Conoces a Mía —comentó volviendo a reír—. Ahora soy yo el sorprendido.

—Tu hija, es decir, Mía —hice una pausa tratando de conseguir las palabras precisas—. Nos conocimos en un cursillo que tomé en la Universidad de Columbia. Ella es mi única amiga en la ciudad —confirmé

—Entonces sabes muy bien que ella no pasa mucho tiempo en el apartamento, entre la residencia y la universidad no se da basto.

—Lo sé, Mía fue quien me ayudó a conseguir el apartamento y desde que me mudé hemos tratado de vernos pero ha sido imposible —lo observé confundida y hasta un poco apenada por lo que estaba a punto de pedirle—: Por favor, Robert, creo que no deberíamos decirle nada de lo que acaba de ocurrir entre los dos.

—¿Te avergüenza que se entere?

—¡No! No es eso... Robert. Pero si lo que está pasando entre nosotros no llega a funcionar, me gustaría que nuestra amistad se mantuviera al margen. No sería justo para ella tomar bandos.

—Creo que lo justo es ser honestos y que pase lo que tenga que pasar Allison. Deja que el tiempo se encargue de ello. —insistió, pero no podía permitirlo.

—Por favor —le pedí, él sin embargo clavó sus hermosos ojos en los míos—.Déjame ser yo quien se lo diga entonces.

Robert, no volvió a pronunciar una palabra ante mi absurdo pretexto. Dejándome claro que no le había agradado mi petición. No muy convencido se despidió de mí depositando un beso en una de mis manos.

Me acurruqué en el lado de la cama donde Robert usualmente se acostaba, aspirando su fragancia que estaba impregnada en las sábanas, logrando con ello calmar mi ansiedad. Suspirando cerré los ojos para al fin dormirme.

El sonido de mi móvil me despertó, avisándome la entrada de un mensaje de texto.

Al abrir los ojos me di cuenta que Robert, estaba durmiendo a mi lado. Su leve ronquido me aseguraba lo profundo de su sueño. Me levanté en silencio para no despertarlo, debía estar agotado, quién sabe a qué hora regresó durante la noche de su guardia en el hospital.

Sonreí al ver de quién se trataba, Mía, envió un par de fotografías de las niñas, quienes sin piedad alguna la maquillan y peinaban sin ningún sentido de la moda.

Mía: Vamos en camino para que desayunemos todos juntos. Prepara esos ricos panqueques que te quedan tan deliciosos.

Allison: Y mucho café caliente.

Mía: ¡Oh sí! Mucho de ese delicioso líquido oscuro, sabes mejor que nadie que sin él no podría vivir.

Allison: Jajaja, estás loca amiga. Las veo en un rato, besos.

Después de asearme, me puse manos a la obra. En silencio y de puntillas, fui directo a la cocina para preparar la mezcla de los panqueques, porque el secreto de ellos radicaba en dejar la masa reposar por varios minutos.

Mientras se colaba una jarra de café, metí al horno la bandeja de tocino, batí los huevos, y puse la mesa. Estaba tan metida en mi papel de perfecta ama de casa, que no me di cuenta cuando fui sorprendida por las manos de Robert, que se posaron en mi cintura. Y a pesar de que todo el apartamento olía a tocino, el aroma a la crema de recién afeitarse de mi prometido, me embriagaba en el buen sentido.

—Amaneciste llena de energía.

Susurró en mi oído, abrazándome con suavidad, depositando un beso sobre mi mejilla, para luego alejarse a servirse una taza de café.

—Mía, me despertó con un mensaje de texto, para avisarnos que viene con Connor y las niñas en camino. Además me pidió que les prepare el desayuno —le conté mientras retomaba mis tareas.

—¿Necesitas que te ayude en algo preciosa?

—Lo tengo todo controlado, pero gracias. —le guiñé un ojo antes de darle un sorbo a mi café, que había dejado olvidada en la encimera.

Estaba apagando el fuego de los huevos, cuando la puerta se abrió y entraron Emma, Tara y Amy, corriendo a saludarme.

—Buenos días —me arrodillé para recibirlas, abrazarlas y besarlas en sus cabecitas.

—Hola mami —dijo Tara, emocionada.

—¡Huele de maravilla! —exclamó Mía desde la entrada.

—¿Alguien quiere café? —ofreció Robert, mientras saludaba a las niñas y su hija con un beso, para luego estrechar la mano de Connor.

—Eso no se pregunta Robert, pensaba que me estabas esperando con la taza en la mano —soltó Connor, haciéndonos reír a todos.

—Todo está listo, Ally. Me hubieras esperado y te ayudaba con la mesa —expreso Mía, negué con la cabeza mientras nos abrazábamos.

—Eso es para que veas lo eficaz que puedo ser.

—No lo dudo amiga.

—Pasemos a la mesa, ya las niñas están sentadas esperándonos —Robert, nos interrumpió.

—¿Papá estuviste de guardia anoche?

—Ni me lo recuerdes —contestó llevando el tocino y la jarra de jugo de naranja.

Connor, lo siguió con una inmensa bandeja de panqueques, mientras Mía y yo, llevábamos el sirope de manzana, junto con la jarra de café.

Disfrutamos del banquete, riéndonos de los cuentos de Emma, la hija de Connor, ella era la más grande de las tres, una niña dulce y cariñosa. Fue entonces cuando el móvil de Robert, sonó interrumpiendo la conversación.

Lo sacó del bolsillo, disculpándose para tomar la llamada, caminando en dirección a su despacho. No volvió hasta después de un largo rato, tan largo que nos había dado tiempo de recoger la mesa y encender la máquina lava vajillas



Capítulo 5

—¿Llegaron a escoger una fecha? —preguntó Mía, en tono confidencial mientras Connor, revisaba su celular.

—No, pero... —

—¿Qué pasa amiga? —hablaba tan bajo que parecía un susurro.

—No es nada Mía, es que Robert todavía no le ha pedido mi mano a mis padres. Ellos son un poquito tradicionales.

—Oh...

—¿Todo bien? —preguntó Robert, esbozando una sonrisa.

—Todo bien, le estaba contando a Mía, que todavía no has hablado con mis padres, aunque ya todo Nueva York, se haya enterado.

—Estoy de acuerdo con Ally, papá —él, soltó una carcajada.

—¿Te das cuenta, Connor? Las dejo solas un momento y ya han unido fuerzas.

—Estamos jodidos, Robert —respondió Connor, sin apartar sus ojos del móvil.

—Asunto solucionado chicas, acabo de hablar con mi secretaria, Mirian, quién se ha encargado de conseguirnos un vuelo a Colorado para el próximo viernes —expresó tomándome de la cintura para besarme—.¿Contenta mi damisela?

—Pero... —puso su dedo sobre mis labios silenciándome.

—No hay pero que valga, tienes toda la razón, no es de caballeros hablar con tus padres por teléfono, ellos se merecen una visita.

Mía, aplaudió emocionada, se acercó a su novio, quién seguía distraído para quitarle el

teléfono de las manos antes de plantarle un fugaz beso en la boca.

—¿Cómo crees que lo tomaran tus padres amiga? No es por nada, pero la relación de ustedes ha sido un poco rápida, ¿no les parece? —Comentó Mía, sonriendo.

—¿Rápida? Pero si tenemos más de un año saliendo, ¿verdad Ally? —aseguró Robert.

Mis ojos casi se salieron de sus orbitas, al escucharlo comentarle de lo más casual a su hija, nuestro pequeño secreto.

«Definitivamente este comenzaba a ser un mal día». Suspiré resignada esperando lo peor.

—¿Más de un año? ¿Qué dices papá? —preguntó Mía frunciendo el ceño, para completar Robert me dirigió una mirada inquisidora.

—Ally... ¿todavía no le has contado?

Me sentí descubierta y hasta un poco avergonzada al escucharlo, enseguida los recuerdos se apoderaron de mi mente:

Después de ese primer beso en la clandestinidad del estacionamiento del aeropuerto Kennedy, no volví a saber de él. Intenté seguir mi vida como si nada, pero era absurdo negarme cuanto me gustaba Robert, y cuán fuerte era mi atracción por él, sobre todo después de ese beso tan intenso y bien dado.

Nuestros complicados horarios hacían imposible un nuevo encuentro. Además entre mis frecuentes viajes y mi agitada vida como madre soltera, no me quedaba tiempo para socializar.

Así que una noche mientras me tomaba una copa de vino en el apartamento, después de dormir a las gemelas, me puse a pensar en él y a cuestionar su muy correcto comportamiento.

Fue entonces cuando decidí que era hora de un acontecimiento más directo, además estábamos en el año 2014. ¿Por qué debería sentarme a esperar que Robert, un hombre tan educado, galante y aparentemente perfecto tomara la iniciativa?

¡Por Dios! Me consideraba una mujer del milenio, moderna, independiente, atrevida... hasta era dueña de un consolador. Como también contaba con una caja de

preservativos que estaban deseando ser usados.

Decidida llamé a Laura, mi vecinita, una chica de trece años que me hacía de niñera en ocasiones desesperadas como esta. Y como una señal del cielo, esa noche estaba dispuesta a quedarse por un par de horas. Era exactamente el tiempo necesario para llevar a cabo mi jugada.

En seguida busqué un hermoso y muy atrevido conjunto de lencería de encaje negro. El corsé apenas contenía mis senos voluptuosos, la tanga a juego dejaba aún menos a la imaginación. Medias de seda hasta la altura del muslo sujetadas por un liguero y mis tacones de aguja completaban el atuendo, llevándolo de sexy a pecador.

Me apliqué un maquillaje atrevido, con una capa extra de máscara de pestañas, resaltando mis ojos grises, haciéndolos lucir más sorprendentes. Sujeté mi cabello rubio en una cola alta, para dejar el máximo de mi cuerpo a la vista. Por encima me aseguré de usar una gabardina para no asustar a la pobre Laura, quién me vería antes de salir.

«Con esa atrevida vestimenta, podría convencer a Robert, de cualquier cosa, de eso estaba plenamente segura», pensé sonriendo al ver mi reflejo en él espejo.

El reloj, marcaba las nueve en punto, mientras esperaba que las puertas del elevador se abrieran en el último piso. Nerviosa aseguré el abrigo. Aunque normalmente prefería algo más suave y femenino, esa noche quería lucir como me sentía... una zorra, una buscona que no se iría a casa sin su merecida ración.

Una ola de adrenalina se disparó a través de mis venas al imaginar su reacción cuando dejara caer la gabardina seductoramente de mis hombros, mientras esperaba que Robert abriera la puerta.

Al abrir me encontré con una visión fuera de este mundo. Él llevaba puesto un pantalón de pijama que le caía en la cadera, sin camiseta dejando al descubierto sus impresionantes pectorales, el cabello revuelto y unos adorables lentes de lectura acompañaban el cuadro.

—Adelante —extendió una de sus manos invitándome a pasar.

Y sin pensarlo me desaté el nudo, enseñándole mi gran sorpresa. Sentí como un delicioso escalofrío me recorrió de pie a cabeza, en el momento en que sus ojos manifestaron con placer lo que llevaba puesto bajo el abrigo.

—¿Qué opinas? —pregunté con un toque de descaro al ver como asomaba una pequeña y maliciosa sonrisa en su rostro.

—Date la vuelta, para poder dar el veredicto —su tono de voz pasó de cálido a ronco.

Al voltearme sentí la suavidad de su aliento en la base de mi cuello, lo cual me hizo perder la cabeza y para no disminuir el control sobre mí misma, intenté retomar la conversación:

—¿Y entonces?

—Estás divina...

Ahí me encontraba, en la entrada de su apartamento, en ropa interior, ansiosa, excitada y desesperada por gozar de una buena tanda de sexo apasionado entre sus brazos.

Esa noche, Robert aceptó no contarle a Mía, sobre nosotros. Cómo también aceptó en mantener nuestra relación en la clandestinidad. La sequía terminaba al fin y no podía estar más feliz al respecto.

Yo estaba encantada de que no existieran compromisos. Ese aire casual de nuestra relación la hacía más interesante, era justo lo que estaba buscando después de mi divorcio.

—¿Contado?! —Los ojos de Mía, pasaban de Robert a mí, y viceversa—.¿Contado qué?

La sorpresa de mi amiga me hizo volver a la realidad, la cruda realidad que había estado evitando enfrentar...

—Amiga... yo...

—Papá, ¿qué es lo que está pasando?

—Ally. ¿No te parece que es hora de que Mía, lo sepa? —preguntó, Robert, mientras yo me hundía en la silla dónde me encontraba para no desmayarme.

—Papá...

—Escucha hija, Allison y yo, hemos estado saliendo a tus espaldas desde que ella se mudó al apartamento —sorprendida, Mía se giró hacia mí, clavando sus ojos en los míos.

—Allison, ¿es cierto?

Su rostro estaba lleno de angustia, y yo sintiéndome como una completa idiota asentí con la cabeza, porque no era capaz de pronunciar una palabra.

Ella se llevó una mano a la boca, mientras trataba de digerir la situación. Recogió sus llaves, su cartera y su móvil, para agregar:

—Entonces todo este tiempo han estado fingiendo delante de mí... ¡No lo puedo creer! —dijo con tristeza mirándome a los ojos—. Yo que pensaba que éramos amigas.

—Mía, no digas eso... —dije en tono preocupado, pero ella me interrumpió alzando la mano.

—¿¡Que no diga eso!? Te estas escuchando Allison. Todo este tiempo tú y papá estuvieron pretendiendo... —soltó un suspiro—. He sido una tonta por creer que eras mi mejor amiga.

Sentenció dándome la espalda, escuché cómo se quebró su voz al decir la última palabra, partiéndome el corazón.

—¡Hija, por favor!

—No digas nada papá, que tú estás tan metido en esto como Allison, los dos han traicionado mi confianza —anunció entre molesta y dolida.

—Robert, será mejor que me vaya —dije en voz baja, mientras la veía salir del apartamento, seguida de: Connor y Emma.

—¡Por todos los cielos! ¡¿No podemos arreglar esta situación como adultos?! —exclamó Robert, exasperado. Caminando hacia la salida para asegurarse de que Mía, lo escuchaba.

Me encargué de recoger mis cosas y las de las niñas antes de salir del apartamento de Robert, no valía la pena seguir. Lo mejor sería dejar que los ánimos de Mía se calmaran, sólo el tiempo me ayudaría a recuperar nuestra amistad, una amistad que había cuidado tanto, la misma que me había metido en este problema.

Robert, nos acompañó hasta mi apartamento, garantizándome que todo se arreglaría. Deseaba creerle, pero algo me decía que la espera sería muy larga. Lo bueno era que esa semana saldría de viaje y me mantendría ocupada.



Capítulo 6

En cuanto regresé de mi viaje de trabajo, sintiéndome patética por lo ocurrido con mi mejor amiga. Preparé el equipaje de las niñas y el mío para visitar a mi familia, junto con Robert a Colorado.

Después de todo teníamos que contarles lo que estaba ocurriendo, como también era preciso aclarar mis sentimientos, necesitaba sentirme realmente segura para dar un paso tan importante como lo era el casarme por segunda vez.

—¡Mami... mami! ¿Estamos cerca de la casa de los abuelos? ¿Falta mucho?

Preguntó Tara, emocionadísima, hacía más de un año que no veníamos a Boulder, a visitar a mis padres.

—Ya casi —dije palmeando su pequeña pierna.

Amy, que se encontraba sentada en mi regazo, estaba concentrada observando el paisaje por la ventanilla del coche, con una sonrisa tan grande que le abarcaba su pequeño rostro.

Las niñas se acurrucaron en el medio de los dos, lucían cansadas del trajín del aeropuerto, el vuelo y ahora los treinta minutos en coche hasta la casa. Acariciándolas me dejé llevar por los recuerdos, no sin antes, soltar un largo suspiro.

«¿Mía, amiga cómo hemos llegado a este punto?» pensé observando los árboles a lo largo del camino.

Recordé el día que nos topamos por primera vez, las niñas eran tan pequeñas que no caminaban todavía, me había animado a dar un recorrido empujando el coche doble de las gemelas, por los alrededores de la Universidad de Columbus.

Complements, la compañía para la que trabajaba, me había enviado a realizar un cursillo. Era Octubre, el clima de ese día era fenomenal, fresco y muy soleado, perfecto para dar un paseo. Iba tan distraída que tropecé con una chica, que se estaba atando la cuerda de sus zapatos deportivos.

—Disculpa, no te había visto.

—No te preocupes, no me has hecho daño —comentó sonriendo—. ¡Qué niñas tan lindas! —les acarició el cabello a las dos—. ¿Estudias aquí? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Sí... bueno no, es decir, el lunes comienzo de manera oficial, exploraba las instalaciones para no llegar tan perdida en mi primer día.

—Enséñame tu horario, te puedo ayudar a encontrar el edificio.

—¿De veras? —pregunté ansiosa mientras abría la cartera buscando el papel donde lo había anotado.

Ella lo tomó y lo examinó entornando sus ojos para luego mirar a su alrededor ubicándose.

—¿Ves ese edificio que está allá? —señaló la edificación con el dedo.

—Sí —contesté mirando el inmenso edificio de ladrillos rojos.

—Ese es, no te perderás el lunes. ¿Sabes? Yo también veo algunas clases ahí, que casualidad —exclamó emocionada—. Soy Mía, mucho gusto.

Me extendió la mano y pude darme cuenta que era una chica agradable, de ese tipo de personas que nunca has visto, pero que sientes que conoces de toda la vida

—Allison, encantada y muchas gracias por tu ayuda.

—Allison, cariño... ¿estás bien? —La voz de Robert, interrumpió mis recuerdos.

—Estoy preocupada por Mía —le confesé sin poder verlo a los ojos.

«Él, siempre tuvo la razón, nunca debimos ocultarle nuestra relación», me volví a reclamar por enésima vez.

—Tranquila, ya se le pasará —me aseguró con una sonrisa comprensiva.

Mamá se encontraba en el porche esperándonos. Le había enviado un mensaje de texto, avisándole nuestra inesperada visita. Mientras las niñas corrían a sus brazos, Robert, se encargó de pagarle al chofer y recibir las valijas.

Mi madre, Pam Lowen, era una mujer muy guapa. A sus sesenta y cuatro años se conservaba tan fresca, jovial y llena de energía, como una chica de treinta.

—Hija que alegría tenerlos en casa. Robert, bienvenido a Boulder —mamá no paraba de sonreír mientras abrazaba a las niñas.

—Gracias, Pam.

—Bienvenidos a casa hija. — saludó papá, al salir a nuestro encuentro.

Corrí a sus brazos, abrazándolo tan fuerte como pude. Mi padre, Roger Lowen, era muy alto, un metro noventa, de ojos verdes, cabello blanco, una herencia de familia como él me decía. Poseía un humor fantástico y se dedicaba a la venta de bienes raíces junto con mi madre.

—Papá, te presento a Robert.

Los dos hombres se observaron por una fracción de segundo, para luego sonreír estrechando sus manos.

—Mucho gusto, Robert Watts.

—Roger Lowen. Al fin te conozco Robert, he escuchado hablar mucho de ti, por mi hija, pero sobre todo desde que mi mujer te conoció en Nueva York.

—¡Roger! —reclamó mi madre, antes que papá continuara, haciéndonos reír a todos.

Un momento más tarde después de dejar a Tara y a Amy, correr un rato por el jardín, entramos a la casa. Era la misma casa dónde había crecido, la misma dónde había traído a mi primer novio, el padre de mis hijas y la misma que irónicamente nunca había invitado a Robert a conocer.

Se le veía cómodo compartiendo con mi familia, quizás después de todo estábamos haciendo las cosas bien, quizás una boda era lo correcto. Si no fuera por mi falta de confianza en lo referente al matrimonio.

Después del almuerzo, llevé a las gemelas a mi vieja habitación a tomar una siesta. Al

terminar me senté frente al fuego a tomar una copa de vino que Robert me ofrecía, mientras los hombres probaban un nuevo whisky que le habían regalado a papá.

—¡Allison! —me llamó mi madre desde la cocina.

Me excusé para atender a su llamada. Mis padres me conocían demasiado bien. Era única hija de un matrimonio maduro, ellos me habían criado con valores, enseñándome a ser honesta, una persona íntegra, que el matrimonio y la familia eran lo más importante.

Pero yo no me sentía muy segura con respecto a todo eso, menos después de experimentar mi rotundo fracaso con Josh McCoy. Una decepción que había marcado mi vida, de la que no me quedaban ganas de repetir.

—Te noto preocupada o ¿triste tal vez? —asentí con la cabeza.

—Las dos cosas, mamá —ella posó su mano sobre la mía, dándome ánimo.

—Hija. ¿Es acerca de Robert?

—Aja. Quiere que fijemos la fecha de la boda.

—Vamos hija, eso no es nada grave. Allison, eso es fantástico. —acarició mi rostro con una de sus manos para luego agregar—. ¿Qué es realmente lo que te preocupa?

—Es todo mamá, la fecha de la boda, los preparativos y ahora para completar, Mía se enteró que le habíamos estado ocultando nuestra relación... ¡Hay mamá, un desastre!
—dije exasperada soltando un bufido.

Por suerte, en lo que mi madre se disponía a darme una charla sobre el amor y la amistad, mi padre nos llamó:

—¡Pam, Allison! Robert quiere hablar con nosotros, dice que han volado desde Nueva York, porque... —papá, lo observó con determinación, sin embargo una sonrisa le adornaba el rostro.

Las dos nos miramos con afecto, podía intuir que mamá ya se había dado cuenta de la verdadera razón de nuestra visita, así que abrazadas nos reunimos con ellos en la sala. Ambos se encontraban enfrascados en un tema deportivo.

—Pam, Roger, he venido con su hija y sus nietas, porque quiero pedirles personalmente, la mano de Allison.

Hizo una pausa para situarse a mi lado, colocando su brazo alrededor de mi cintura acercándose a él para agregar:

—Estoy enamorado de su hija, Roger, y le prometo aquí en su casa, frente a su esposa, que la voy a hacer muy feliz.

Emocionadas, mi madre y yo, compartimos una mirada cómplice llena de sentimiento, las dos con los ojos llenos de lágrimas sonreímos al escuchar la declaración de mi prometido.

—Estoy encantado de que al fin Allison, encontró al hombre correcto.

Los hombres se abrazaron con fuerza, como si estuvieran cerrando una negociación muy importante.

—Sólo nos queda fijar la fecha de la boda. ¿Qué les parece en dos meses, en verano?
—comentó mi prometido.

—Estupendo —aplaudí mi madre emocionada—.Una boda en verano, quedará preciosa hija.

—¿No les parece que dos meses es poco tiempo para planear una boda? —pregunté en mi defensa.

—Si es algo sencillo podremos hacerlo funcionar. —aseguró mi madre llena de felicidad.

Todos estuvieron de acuerdo con las peticiones de mi futuro esposo. Robert, estaba complacido con ellos y con lo rápido que se resolvieron sus problemas. Esa noche, él ahuyentó todos mis miedos, haciéndome sentir segura de nuestro amor y de un futuro lleno de alegrías.

Quizá eso era lo que necesitaba, escucharlo hablar con mis padres, asegurándoles que nuestra relación no era un capricho, un arrebató de jóvenes, como lo había sido mi experiencia anterior. Solo el tiempo me aseguraría que había tomado la decisión correcta esta vez.



Capítulo 7

De vuelta en Nueva York, todo parecía seguir su ritmo normal, excepto mi arruinada amistad con Mía. Ya había pasado un mes de nuestra discusión y cada vez que sonaba el timbre del móvil avisándome la entrada de un mensaje de texto, guardaba la esperanza muy en el fondo de mi corazón que se tratara de ella.

Una vocecita en mi interior me gritaba que la llamara, que debíamos aclarar las cosas cuanto antes, porque aunque me costara admitírselo a Robert, este enredo era mi culpa en su totalidad. Fui yo la que se empeñó en ocultarle nuestra relación, fui yo la que con excusas tontas nunca encontré el momento perfecto para sincerarme con ella.

Así que me armé de valor y decidida a lo que fuera a pasar, le mandé un mensaje de texto:

Allison: Hola ¿todavía sigues molesta?

Dejé el móvil encima del escritorio, sabía que no me respondería enseguida, así que continué con mis labores.

Mientras me sumergía en el trabajo el móvil sonó y sin mirar tomé la llamada.

—Allison Lowen —dije en tono cordial.

—Me enteré que te casas —comentó una voz de hombre.

«¡Demonios! ¿Y ahora qué quiere mi ex?, quién aparece cada mil años como un cometa en nuestras vidas.» pensé con ironía.

—Josh, ¿qué quieres?

Josh McCoy, era mi ex esposo y padre de las gemelas, ambos proveníamos de Boulder, un pequeño suburbio en Colorado. Josh, había sido mi novio desde la secundaria, nos conocimos en el penúltimo año.

Desde que nuestras miradas se encontraron aquella mañana de Septiembre, fue como dicen: "amor a primera vista". Él era encantador, inteligente y muy apuesto. Además, me hacía reír con sus extravagantes ocurrencias.

Luego de graduarnos tuvimos que romper nuestro noviazgo, habíamos escogido estudiar en lugares diferentes. Él decidió tomar una carrera de contador en una universidad local en Colorado, y yo había escogido salir del estado. Me mudé a California, para asistir a la Universidad de Stanford, donde estudiaría mi carrera de negocios.

Años más tarde después de acabar la universidad, volví a Boulder, y una tarde paseando con mi madre por el centro comercial nos volvimos a encontrar. La chispa volvió a crecer dentro de nuestros corazones, era algo así como si nunca se hubiera apagado, dándole paso a una relación más madura y entregada.

Después de un año, Josh me pidió que nos casáramos, y aunque mis padres nunca estuvieron de acuerdo, decidieron no oponerse. Sin embargo yo me consideraba muy joven para lo que implicaba esa nueva faceta de la relación, pero de igual manera no me imaginaba hacerlo con otra persona que no fuera él.

Siempre soñé con vivir y probar suerte en Nueva York, desde que terminé la universidad. Me llamaba la atención su aire de ciudad Cosmopolitan, allí quería ejercer mi carrera, allí me veía envejecer, pero Josh deseaba seguir en Colorado. A pesar de eso, él no se opuso a la idea de mudarnos a La Gran Manzana. Así que al regresar de nuestra luna de miel, nos fuimos con los planes más sorprendentes que se nos pudieran ocurrir. Lanzamos dos maletas llenas de ropa, sueños e ilusiones, en su viejo y destartado todoterreno, pensando que nada era más fuerte que nuestro amor....

Ahora me río con ironía, la vida nos dio la lección de nuestras vidas, enseñándonos todo lo contrario.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Te casas? —insistió.

—No es tu problema. Tengo que colgar estoy muy ocupada —respondí con fastidio.

—¡Espera!, no me cuelgues. Necesito que hablemos.

—Lo siento, Josh, pero no tengo nada que hablar contigo. Adiós —cerré la llamada,

molesta ante su pregunta impertinente.

«Josh era definitivamente un descarado, llamarme para corroborar que me caso, ¡a él que le importa! ¡Venir a interesarse por mí después de tres años!... ¡Arrrg!» Resoplé bruscamente.

Tomé aire tratando de relajarme, porque estaba decidida a no dejar que su llamada me arruinara el día. Josh Mccoy no se merecía ni un pequeño pensamiento de mi parte.

Dos días más tarde, Mía, decidió responder con un mensaje de texto:

Mía: Hola, ya se me pasó, pero sigo estando dolida.

Allison: Lo siento.

Mía: “Lo siento”, no te va a servir de nada. Quiero una explicación. Quiero que me cuentes todo desde el principio. ¿Estás de acuerdo?

Allison: Si, totalmente. ¿Nos vemos a eso de las siete? ¿En el bar de siempre?

Mía: Nos vemos a las siete, en el nuevo restaurante que está de moda. No te creas, te voy a salir cara.

Allison: Lo temía, pero me lo merezco. Mándame los detalles del lugar y Mía... me has hecho mucha falta.

Mía: Tú también.

Eso bastó para mejorar mi ánimo, eso bastó para que no dejara de sonreír el resto de la jornada y olvidarme de la estúpida llamada de Josh Mccoy. Al terminar esa tarde, le mandé un mensaje a Robert, avisándole de nuestro encuentro.

Allison: Buenas noticias, Mía accedió a encontrarnos.

Robert: Me alegro mucho, espero hagan las pases.

Allison: Te veo más tarde en el apartamento.

Robert: Tengo un compromiso de trabajo, una gala de última hora, al salir paso a verte.

Suspiré emocionada porque todo se estaba solucionando. Dos minutos más tarde recibí el mensaje de Mía, con el nombre y dirección de este famoso local. Sin perder tiempo, retoqué mi maquillaje y salí en busca de un taxi que me llevara al restaurante, esbozando una inmensa sonrisa.

Al entrar al lugar, la divisé sentada en la barra, sosteniendo una copa de Martini. Le hice señas desde la entrada caminando a hacia ella.

—Gracias por venir —comenté sonriendo.

—No te lo voy a poner tan fácil, no creas —su tono burlón nos arrancó una carcajada.

Después de recuperarnos, me senté a su lado, pidiéndole *albartender*, lo mismo que ella estaba tomando.

—¿Por dónde quieres que empiece? —pregunté dándole un trago a mi bebida.

—No te hagas la graciosa, Ally. Cuéntame todo desde el principio. ¿Dónde se conocieron? ¿Cómo fue que comenzaron a salir?

Comencé contándole desde el día que nos conocimos aquel verano, cuando Robert tan caballerosamente me defendió del ladrón de carteras. Luego de mi estúpida idea de mantener nuestra relación en la clandestinidad, cuando me enteré por aquella llamada en el aeropuerto que ella era su hija. Claro de inmediato le aclaré que su padre nunca estuvo de acuerdo.

Por último y completamente abochornada, le expliqué que fui yo quien lo sedujo y convenció para que guardara el secreto: de no contarle a nadie sobre lo nuestro. Alegando mi miedo a perder su amistad, en un dado caso que no funcionáramos como pareja.

—¿Sabes lo que más me duele de todo esto? Ally.

—Mía...

—Lo engañada que estuve, es increíble cómo nunca lo sospeché —le dio un trago a su copa y continuó—. Allison, yo he sido transparente. Te he contado todos mis dramas, nunca he confiado en otra persona, como lo hago contigo.

—Yo también he confiado en ti, Mía. Tienes toda la razón en estar dolida y molesta por mi falta de sinceridad, pero en mi defensa, mi única excusa en todo este enredo era no perder tu amistad —posé una mano sobre la de ella—: Lo siento tanto, Mía.

Las dos nos miramos algo cansadas por el mal entendido con lágrimas en los ojos, habían sido unos días difíciles para ambas, y todo por mi inmaduro proceder.

—Lo importante Ally, es que lo hemos aclarado. Así que pidamos algo de comer que estoy muriendome de hambre.

Nos abrazamos soltando unas tremendas carcajadas. Ordenamos unos platillos que estaban para chuparse los dedos y un par de copas más para celebrar nuestra reanudada amistad.

Después de ponernos al día, pagué la cuenta, que por cierto fue muy alta. Mía no paraba de burlarse mientras me veía sacar la tarjeta de crédito.

—Te dije que no saldría barata —comentaba entre risas.

—Gracias por el apoyo amiga.

Nos fuimos caminando a la salida abrazadas, sintiéndonos un tanto alegres producto de las copas. Pero cuando estábamos a punto de llegar a la puerta, la voz inconfundible de Robert, me puso en alerta, y con una sonrisa en el rostro me giré buscándolo, pensando con ingenuidad que estaba allí por nosotras, o mejor dicho... por mí.

Cuál fue mi sorpresa, de su brazo estaba colgada una mujer que no paraba de sonreírle. Ella era rubia, de cabello largo, rondaba los cuarenta. Pero se conservaba en excelente forma, y lo peor eran esas piernas interminables que me hacían sentir pequeña, aunque no lo fuera.

Un sentimiento oscuro se apoderó de mí, estaba celosa, confundida y furiosa. De inmediato le hice señas a Mía, la cual me dedicó una mirada llena de incertidumbre. Las dos no podíamos creer lo que estábamos viendo.



Capítulo 8

—¡Papá! —la voz de Mía, me sacó de mis pensamientos o mejor debería decir, de mi descarada inspección a esta misteriosa mujer colgada del brazo de mi prometido.

Robert, de manera elegante se soltó de ella, sin parar de sonreír mientras la dirige hasta nosotras.

—¡Allison, Mía!. ¡Qué sorpresa! —se giró hacia la mujer y agregó—.Te presento a mi prometida Allison Lowen, y a mi hija, Mía.

Una inmensa sonrisa le iluminó el rostro, dejándome apreciar lo hermosa que era... tan llamativa y elegante que parecía una estrella de cine.

—Es un placer conocerlas, especialmente a ti, Mía.

—¿Debería recordarla? —preguntó mi amiga con curiosidad.

—Es imposible que me recuerdes, eras muy pequeña.

Aproveché el comentario para entrar en la conversación.

—¿Eres una vieja amiga de Robert? Disculpa, no escuché tu nombre —pregunté con sarcasmo, porque lo de “VIEJA”, lo había dicho a propósito.

—Es porque no lo he dicho, cariño... —hizo una pausa para clavar sus ojos en los míos—.Claire Ferguson, soy la dueña de Galerías Ferguson, y sí, se podría decir que soy una vieja amiga de Robert —aseguró, desviando su mirada para dirigírsela a él.

Yo estaba muriendo literalmente de la rabia por su altanería. No obstante, enderecé mis hombros acomodando mi cabello, para agregar cualquier cosa con tal de no dejarla tener la última palabra. Pero por desgracia apareció un camarero, interrumpiendo la conversación:

—Su mesa está lista doctor Watts, sígame por favor.

La vi susurrarle a Robert al oído, haciéndome sentir inquieta por no poder escucharla.

«Lucía feliz de hablar con él, quizá un poco demasiado feliz para mi gusto». Pensé sin quitarle los ojos de encima.

Al darme cuenta que ella me observaba por el rabito del ojo, dejándome saber que lo hacía a propósito. Mi humor se fue en picada.

—Me gustaría aprovechar la oportunidad para invitarlos a un show de fotografía, que se llevará a cabo en una de mis galerías.

—Será un placer poder asistir Claire. Gracias por la invitación —aseguró Robert, mientras Mía y yo, no decíamos ni una palabra.

«Por el semblante de mi amiga podía asegurar, que la tal Claire, no era de su total agrado», pero eso lo averiguaría más tarde.

Por lo pronto deseaba marcharme y dejar de sentir esos horribles celos que me estaban carcomiendo por dentro. Porque si pasaba un segundo más en su presencia no sabía de lo que era capaz. Lo que más me molestaba era la forma como lo observaba, con cara de pervertida a punto de arrancarle la ropa.

—Te dejo mi tarjeta, Mía, por si te animas a tomarte un café. Me gustaría charlar contigo —Mía asintió con la cabeza mientras la examinaba.

—Claire, espérame en la mesa. Voy a acompañarlas a la salida.

Robert me tomó de la mano, mientras Mía y yo, nos despedimos de ella con educación, para seguir nuestro camino a la entrada del restaurante.

—Nos vemos más tarde preciosa —me aseguró Robert, estampándome un beso en los labios.

—¿Quién es esa vieja amiga?, nunca la habías mencionado —traté de indagar, con la esperanza de saber un poquito más.

—Nadie importante, Ally. En su momento te contaré —comentó, haciéndome sentir peor de lo que estaba—.¿Entonces, amigas otra vez?—.Preguntó cambiando el tema, mirándonos a las dos.

—Sí papá, hemos aclarado todo —Mía, le dio un ligero abrazo y agregó—.Papá, ¿es

Claire Ferguson, la mejor amiga de Elizabeth?

—Sí hija, es la misma persona.

—Pero... no entiendo, ¿qué quiere? ¿Por qué aparecer precisamente ahora?

—Eso pretendo averiguar. No te preocupes por nada hija.

Robert, se despidió de nosotras en lo que nos subimos al taxi, para seguir su rumbo al restaurante, a su encuentro con esa mujer que para mí era un enigma.

«¿Claire, Elizabeth?» ¡Ufff! Todo un enredo.

—Mía, cuéntame quién es esa zorra, disfrazada de modelo de pasarela. ¿Crees que debo preocuparme? —pregunté desconcertada, mientras el taxista nos llevaba a casa.

—No lo creo, Ally.

—Entonces ¿por qué estás tan seria?

—Tonterías mías, Ally —dijo desviando la mirada para revisar su móvil, que le acababa de sonar con la entrada de un mensaje de texto—. Es Connor, le diré que me pase buscando por tu apartamento —Asentí, pero estaba desesperada por saber más de la mujer de piernas interminables, me moría de la curiosidad.

Una vez que llegamos al apartamento, encontramos a la Nana sirviéndonos la cena a las niñas. En cuanto nos vieron, las pequeñas corrieron a saludarnos emocionadas.

—¿Cómo han pasado el día mis niñas? —pregunté cariñosamente mientras las llenaba de besos.

—Bien mami.

Dijeron las dos al mismo tiempo, mientras se dejaban abrazar de Mía, a quién adoraban con locura.

—¡Hermosas mis niñas! Cada día más grandes —agregó mi amiga sonriendo.

—Mami. ¿Cuándo viene la abuela? —preguntó Amy, trepándose en la silla para seguir comiendo.

—¡Oh. Lo había olvidado! La abuela llega mañana —Tara, soltó una carcajada por mi exagerado comentario.

Le clavé los ojos a Mía, haciéndole señas para que me acompañara a la sala, aprovechando que las pequeñas cenaban todavía.

—¿Necesita que la ayude en algo más? —preguntó la Nana, al vernos salir de la cocina.

—No te preocupes Nana, estaré bien hasta mañana.

—Sólo les falta bañarse a las gemelas —me recordó guiñándome un ojo.

—Lo hago sin problemas.

—Entonces aprovecharé para marcharme, así mañana vendré más temprano.

—Gracias por todo Nana, no sé qué haría sin ti —le acerqué su abrigo y la cartera, acompañándola a la puerta para despedirla.

Una vez solas, animé a Mía para que me dijera cualquier cosa de ella y su antigua amistad con Robert.

—Allison, en serio amiga, no sé mucho de esa mujer. Sólo que fue la mejor amiga de mi madre, y que conoció a mi papá en el último año de la secundaria. Y no te creas, esto losé por el diario que me dejó Elizabeth. Pero en él no se cuenta si ellos tuvieron una relación.

—Mía, eso no suena muy alentador. Y ¿por qué aparece ahora? ¡Justo cuando falta tan poco tiempo para la boda!

«¡Rayos!», pensé contrariada. Me levanté del sofá llevándome las manos a las caderas. Caminé a la cocina para cerciorarme de que las niñas estaban bien. Intentando serenarme, pero era imposible las alarmas en mi cerebro se activaron con el botón rojo de alerta al escuchar las revelaciones de mi amiga.

«¿Será Claire un viejo amor de Robert?», me pregunté mortificada.

—¡Ally! Cálmate, de seguro se enteró por el diario. No te preocupes por ella, además mañana llega tu madre y mi abuela. Tu concentración debe estar en encontrar el vestido de novia más hermoso de todo Nueva York —suspiré resignada—. Debo recordarte que sólo tenemos un mes para la boda.

—Tienes razón, no tengo nada de qué preocuparme.

Le aseguré dándole un pequeño abrazo. Aunque por dentro no dejaba de darle vueltas a la situación.

Las niñas nos alcanzaron en la sala, una vez que terminaron de cenar, llevándose a Mía a su cuarto. Así que aproveché para recoger la cocina distrayéndome un poco, y justo en lo que terminé con mis labores el timbre de la puerta sonó. Me sequé las manos con rapidez para ir a ver de quien se trataba. Al abrirla me encontré con los dos: Connor y Robert, quienes mantenían un charla muy amena acerca de los resultados del partido de fútbol americano.

—Hola, pasen por favor.

Robert, esperó que Connor, se adelantara para clavarme un beso mojado, pero cortito en los labios. Me tomó de la cintura invitándome a caminar a su lado. Suspiré calmada al ver que actuaba como de costumbre. Coloqué la cabeza sobre su hombro y aspiré su arrolladora fragancia, esa que me tranquilizaba, esa que me hacía sentir en casa.

—¿Ally, cómo van los preparativos de la boda? Robert, me estaba contando que mañana llegan las suegras —preguntó Connor, en un tono divertido.

—Sinceramente, falta mucho por hacer, esta semana la dedicaremos al vestido de novia —le aclaré a Connor.

Les sonreí amablemente, logrando disimular mi humor. Los recuerdos del restaurante todavía rondaban en mi cabeza. La aparición de un viejo amor no me agradaba, mucho menos sentirme celosa y llena de dudas a unas cuantas semanas de la boda. Sólo esperaba que mi inquieta imaginación me estuviera jugando una broma de mal gusto y al final fueran puras figuraciones sin fundamento.



Capítulo 9

—¿Dónde están las niñas más lindas de todo Nueva York? —preguntó Robert, soltándome de su agarre.

—Estaban con Mía, en el dormitorio —expliqué viéndolas aparecer—.Creo que te escucharon.

Ellas soltaron las manos de Mía, para salir al encuentro con Robert. Él se inclinó para quedar a la altura de las niñas, dejándose abrazar, no había duda alguna, las gemelas lo querían. La escena era tan conmovedora que mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Nos teneos que ir preciosa, Emma nos espera para cenar —explicó Connor acercándose a Mía, depositándole un tierno beso en los labios.

—¿No nos podemos quedar un rato más? —preguntó Mía, apartándole un mechón de cabello que le caía sobre la frente—.Quiero saber cómo le fue a papá, con Claire —añadió abrazándolo.

—¿Es que no piensas dormir en casa esta noche hija? —intervino Robert, clavando su mirada en Connor.

—¡Papá! No me avergüences, ya no soy una niña y esta noche pienso pasarla en el apartamento de mi novio —dijo con soltura caminando a recoger su cartera junto con el abrigo.

—¿Entonces Connor? —preguntó Robert desafiándolo.

—¡Basta papá! —Mía alzó la cabeza para enfrentarlo—.Sabes, quizá va siendo hora de que me valla a vivir a mi propio apartamento.

—¿Propio apartamento? —preguntaron los dos estupefactos.

Ella, les dedicó una mirada a los dos mientras negaba con la cabeza. Luego se acercó a nosotras para despedirse.

—¿No vas a decir nada Connor? —Robert, lo animó—. Ya mi hija no me escucha, sólo a ti —Mía resopló molesta ante el comentario.

—¿Qué quieres que diga Robert? Tu hija es una mujer, perfectamente capaz de decidir qué hacer.

En un arrebato y harta ante la absurda situación, mi amiga, tomó a su novio de la mano mientras me hacía señas de despedida llevándose arrastrado a la salida.

—¡Adios, Allison!. Fue un placer verte de nuevo.

Gritó Connor, antes que cerraran la puerta. Robert, se quedó parado completamente sorprendido por lo ocurrido Y yo, no pude reprimir una pequeña carcajada.

—¿Quieres una copa? —le ofrecí con afecto, colocando la palma de la mano en su increíble pecho.

—Creo que me vendría bien. Gracias.

Me dispuse a descorchar una botella de vino rojo, mientras él jugaba con las niñas en el piso de la sala. Cuando se la entregué se veía más tranquilo, más relajado. Se notaba que disfrutaba la compañía de las pequeñas.

—Les voy a preparar un baño a las niñas. Ponte cómodo —le digo al pasar por su lado en dirección al pasillo, dejándolos solos.

Un rato más tarde mientras dejaba el agua correr en la tina, los escuché tocando la puerta, que estaba abierta.

—¿Podemos pasar?

Los observo a los tres por un momento, grabando esa escena tan tierna, en mi memoria.

Sostenía a las dos al mismo tiempo acercándose a mí, con esa sonrisa tan seductora que me cortaba el aliento, dejándome paralizada sin saber que decir, como la primera vez que nos conocimos.

—Por supuesto.

—¿Necesitas ayuda, preciosa?

—Déjalas aquí —señalé una pequeña alfombra color rosa frente a la bañera—. Yo me encargo del resto —le sugerí sonriendo.

Robert, les depositó un beso en la cabeza a cada una antes de marcharse, cerrando la puerta tras él.

Al terminar de bañarlas y arreglarlas para dormir, Robert como ya se había hecho una costumbre, se encargó de leerles una historia. Ese era un momento familiar que yo particularmente apreciaba.

Desde que me había quedado sola con ellas, trataba de brindarles una atención de calidad. Lo admito, era una mamá cariñosa y permisiva, quizá porque muy dentro de mí me sentía culpable por no poder compartir más tiempo con ellas.

Cuando apagamos la luz del dormitorio, lo invité a la sala a tomarse una copa conmigo frente al fuego. Robert se sentó en el sofá, mientras yo recogía los juguetes regados por todo el piso.

En el momento en que guardé la última muñeca en el pequeño baúl, descubrí, que él me observaba. Me levanté contemplando como doblaba las mangas de su camisa. Percatándome que ya se había quitado la chaqueta del traje, como también descalzado sus zapatos, quedándose en medias. Por último aflojó el nudo de su corbata para abrirse los primeros botones de la camisa.

—¿En qué piensas?

—Son tantas cosas... el trabajo... la boda... y esa extraña mujer con quien te vi hoy...
—comencé vacilante.

Robert, me tomó entre sus brazos, dónde me tranquilizo de inmediato, porque su fragancia me invade, me desarma.

—Vamos a sentarnos, para que puedas contarme que es lo que tanto te preocupa.

Solté un largo suspiro desplomándome a su lado en el sofá, colocando mi cabeza sobre su pecho.

—¿Debería estar preocupada Robert? ¿Quién es esa mujer con la que te vi en el restaurante?

Robert, le da un sorbo a su bebida, sopesando cada palabra, asimilando todo lo que le acabo de preguntar. Luego se levanta para quitarme la copa de la mano, colocándolas sobre el mesón de la cocina.

Estupefacta por su reacción lo sigo con la mirada.

—¿Es eso lo que tanto te preocupa?

—No —le confieso levantándome alisando mi falda.

—Ven aquí...

Camino en su dirección un tanto insegura, en mi mente había imaginado las cosas de otra manera. Incluso pensé que su reacción sería totalmente diferente.

—Mi damisela en apuros, nunca dejaras de sorprenderme. ¿Tú crees que yo podría interesarme en alguien como ella? —tomó una de mis manos con suavidad para llevársela encima de su corazón... ¿y yo? Bueno... yo suspiro como una idiota, a punto de besarlo—.Ally, cariño, ¿todavía no te has dado cuenta que mi corazón te pertenece?

Sus palabras me dejan fuera de combate y como siempre me derrito entre sus brazos, lo beso con dulzura, aferrándome a su cuello, enterrando mi cabeza en él, aspirando como una adicta su maravillosa fragancia.

—Te adoro, Robert Watts, te aseguro que mañana en lo que lleguen nuestras madres, no descansaré hasta encontrar el vestido más hermoso y luego nos casaremos enseguida. Haremos una boda sencilla, en la playa... —él soltó una carcajada.

—Lo único que te pido, es que confíes en mí. No quiero que te preocupes de nada preciosa, sólo deseo verte feliz.

Esa noche, después de un muy explícito arrebató sexual, dormimos abrazados, y con una sonrisa que no podíamos ocultar.

Pero mi tranquilidad duró poco, a eso de las siete de la mañana, un fuerte ruido en la puerta me despertó. Al abrir los ojos, encontré a Robert completamente vestido, incluso con la chaqueta del traje en la mano.

—Sigue durmiendo, Ally —me susurra, plantándome un beso en los labios—.Voy de salida, quiero ir a correr antes de ir al hospital. No te preocupes yo me encargo de quien sea que esté tocando —explicó.

—Gracias, todavía me queda una hora más para dormir —me cubro hasta la cabeza con la sábana, sintiendo el sonido de sus pasos hacia la salida.

Pero después de unos minutos, escucho que Robert, sigue en la puerta. Muerta de la curiosidad, salí al pasillo a ver si podía averiguar lo que sucedía. A unos pasos de

llegar hasta él pude escuchar la voz de Josh. Me detuve en seco, llevándome una mano a la boca en un acto reflejo.

«¡Demonios! ¿Qué hacía Josh Mccoy, en mi casa, a esa hora y después de tanto tiempo?» Pensé irritada.



Capítulo 10

—Buenos días, busco a Allison Lowen, me dijeron que ella vive aquí, ¿es cierto?

—Es cierto, pero estas no son horas para visitar. Será mejor que la llames más tarde. ¿Y tú eres?

—Espera, déjame explicarte. Mi vuelo llegó hace una hora, vengo desde Colorado. ¿La podrías llamar? Por favor.

—¿Eres un familiar de Allison?

—Podría decirse. Mi nombre es Josh Mccoy. El ex esposo de Allison.

Al escuchar esas últimas palabras, no pude aguantar más y me encaminé furiosa a encarar a Josh. No era justo para Robert, tener que aguantar su impertinencia.

—Déjame encargarme de este asunto, cariño —le expresé a Robert con afecto, entrelazando mi mano a la suya.

Sin embargo, él me observó con un resplandor diferente en sus ojos azul cielo, que ahora se le veían más oscuros.

—¿Cariño? —repitió Josh, con ironía—. ¿Es éste el hombre con quien piensas casarte? —Josh, ignoró a Robert por completo dirigiéndose a mí.

«El rostro desencajado de mi prometido, me preocupó. Estaba furioso».

—Josh. ¿Qué haces aquí? No tienes derecho de venir a mi casa a estas horas —comenté calmada, aunque por dentro sentía unas ganas locas de empujarlo, pero me contuve.

—Allison, acabo de llegar de Denver. ¿Te acuerdas la llamada del otro día? Es en serio, necesito que hablemos. Además me gustaría ver a las niñas —Josh, cambió el tono de su voz, ahora parecía una súplica.

—Espera aquí afuera Josh, vuelvo enseguida.

En lo que pronuncié la última palabra, sentí como Robert me giraba para acerrarle la puerta en la cara. Me di media vuelta, sintiéndome avergonzada por lo ocurrido. Desde que conocía a mi prometido, nunca lo había visto tan alterado.

—Siento que hayas tenido que pasar por esta situación —comenté mientras enterraba mi cabeza en su cuello, dejándome abrazar por sus fuertes brazos.

—¡Allison! No quiero dejarte sola con ese hombre aquí en el apartamento.

Caminé junto a Robert, hasta el dormitorio. Necesitaba cambiarme y aclararle que todo iba a estar bien.

—Te entiendo, pero no tienes de que preocuparte. Josh no está interesado en mí en lo absoluto, de seguro está metido en algún problema.

Él, me seguía mientras yo me aseaba a toda carrera y cambiaba mi pijama por mi ropa de trabajo.

—Entonces más a mi favor... No me habías comentado lo de la llamada que él mencionó—comenzó a reclamarme, pero lo interrumpí.

—Ve tranquilo a correr, de todas formas la Nana llegará en unos minutos. Te mando un mensaje de texto, en lo que descubra qué es lo que realmente quiere. ¿De acuerdo?

Me tomó de la mano, mientras nuestras miradas se encontraban, asintiendo con la cabeza, aunque su expresión demostraba lo contrario.

—Está bien —dijo soltando un largo suspiro—.Prométeme que me llamarás y no tratarás de ayudarlo sin antes hablar conmigo.

—Lo prometo —alcé mi mano derecha en señal de juramento.

Al abrir la puerta, vimos a Josh sentado en el piso con un morral a sus pies, Robert se situó frente a él:

—Si me entero de algo extraño Josh Mccoy, te aseguro que te las veras conmigo —lo señaló con un dedo acusador dedicándole una mirada retadora.

—¿Me estás amenazando?

—¿Es eso lo que quieres Josh, que te amenace? —apreté con ligereza la mano de mi prometido, recordándole mi presencia. Le tomó unos segundos reaccionar, desviando sus ojos para posarlos en los míos—.Paso a recogerlas para la cena de esta noche—comentó alejándose contrariado.

—Puedes pasar Josh. Te agradezco no hagas ruido, las niñas duermen todavía.

«Él me observó con cara de oveja degollada, parecía apenado». Pensé al verlo entrar al apartamento cabizbajo.

—Lo siento Allison, no he venido a ocasionarte problemas con tu agresivo novio.

—¿A qué has venido entonces? ¿Estás en problemas? —lo encaré molesta.

Me fui a la cocina a montar una jarra de café, seguida por él.

—He venido porque quiero ver a las niñas, quiero volver a ser parte de sus vidas.
—Solté una carcajada irónica ante su absurdo comentario.

—¿Necesitas dinero? —me miró ofendido.

—Es en serio Allison. He cambiado, me voy a casar —su confesión me dejó de piedra.

«¿Josh se casaba?, increíble. ¿Quién sería su próxima víctima?», me preguntaba con amargura.

El sonido de la puerta al cerrarse nos sorprendió a los dos. Era la Nana, que estaba entrando al apartamento.

—Buenos días, señora Allison —comentó alegremente al llegar a la cocina—.Lo siento, no sabía que tenía visita.

—Buenos días, Nana —respondí mientras sacaba una taza del armario—.Le presento a Josh Mccoy, el padre de las gemelas —los ojos de la Nana, se abrieron a su máxima expresión.

—Mucho gusto señora.

Se giró y le ofreció su mano, la cual Nana tardó un segundo en estrechar. Su semblante cambió de la mujer alegre y amable, para volverse seria y distante.

—Mucho gusto.

Fueron sus palabras antes de abandonar la cocina en dirección a la habitación de las gemelas.

—¿Viniste desde Colorado para informarme que también te casas? ¿Acaso crees que esto es una competencia?

—No, por supuesto que no —dijo acercándose a mí—. Esta noche llega mi prometida, ella quiere conocer a las niñas, yo le he hablado de ellas...

Mi boca se abrió impresionada al escuchar los motivos que lo traían de vuelta a sus hijas y mi corazón se entristeció al darse cuenta que solo lo hacía por una petición de su novia.

«Definitivamente Josh, no había cambiado. Aunque mirándolo desde otro punto de vista... por lo menos esta vez era honesto».

—¡Márchate, Josh! —dije apuntando con el brazo hacia la puerta.

—Pero... Allison, he venido por las buenas, dame la oportunidad de volver a sus vidas sin tener que recurrir a la ley. Podría pelear la custodia de las niñas si no me dejas otra alternativa —nos desafiamos con la mirada por unos segundos.

—¿Me estas amenazando, Josh?

—Acepta que nos reunamos todos, acepta que mi prometida conozca a mis hijas.

—No tengo nada que aceptar. ¿Quién te crees que eres para aparecer en nuestras vidas después de tres años?

—Piénsalo Allison, por favor. Estaremos en la ciudad el resto de la semana, te llamaré —dijo caminando en dirección a la puerta—. No me hagas tomar medidas extremas.

Al escuchar el sonido de la puerta al cerrarse. Corrí a pasarle el seguro, llevándome las manos al rostro, cansada, enfadada y dolida ante semejante petición.

«¡Demonios! Esto era una putada».

El timbre de un mensaje de texto, me alertó, llegué hasta el móvil para cerciorarme que se trataba de Robert:

Robert: ¿Llegó la Nana?

Allison: Sí. No te preocupes por mí.

Robert: Eso es imposible. ¿Te das cuenta por qué quiero que estemos juntos cuanto antes?

Allison: ¡Oh, Robert!

Robert: ¿Sigue el IDIOTA, en el apartamento?

Allison: Ya se fue.

Robert: Muy bien, esta noche me cuentas.



Capítulo 11

—¿Se encuentra bien, Allison? La veo preocupada —preguntó la Nana, mientras llegaba con las niñas a la cocina.

—No Nana. Nada está bien, pero no se preocupe por mí, ya arreglaré las cosas.

Sentencié dando el tema por zanjado, despidiéndome de las niñas para ir a mi trabajo. Gracias al cielo que lo tenía, porque en momentos como ese era lo único que me mantenía a flote para seguir afrontando la vida.

Pasé la mañana ocupadísima, debía salir en un par de días a Chicago, un viaje a última hora. Me aseguré de dejar todo arreglado para escaparme a la hora del almuerzo, y no regresar hasta el siguiente día, porque esa tarde iría a recoger a mi madre y a mi suegra al aeropuerto.

Así que me fui directo al hospital. Quería sorprender a Robert, con una invitación espontánea, un acto inesperado antes de ser invadidos por nuestras madres. Mi repentina partida de emergencia junto con la aparición de mi ex, eran un obstáculo que debía enfrentar.

Me detuve en la emergencia, antes de subir al consultorio de mi prometido, quería aprovechar para hablar con Mía, contarle todo el rollo de esa mañana, en fin, ponerla al corriente, lo normal entre dos amigas.

—¡Ally! ¿Qué haces aquí? —preguntó sonriendo antes de saludarme con un pequeño abrazo.

—¡Sorpresa! —le devolví la sonrisa—. Vine a secuestrar a tu papá para almorzar.

—¡Qué suerte! Vamos, te acompaño a su oficina, así hablamos un ratito —las dos sonreímos mientras ella le enviaba un mensaje de texto a Connor, para avisarle de su escapada.

—Tengo que contarte algo... —le comuniqué, mientras caminábamos en dirección al consultorio de Robert.

—Suéltalo rápido.

—Esta mañana, se apareció Josh Maccoy, mi ex, en el apartamento. Imagínate Mía, justo cuando Robert se estaba yendo.

—Amiga, pero ¿cómo es posible que se aparezca unas semanas antes de la boda?, espero que no sea una señal.

—¿Señal? No me asustes Mía —ella soltó una carcajada, pero yo no dejaba de darle vueltas a su comentario.

—Y, ¿qué quería?

—Dice que quiere ver a las niñas y que también tiene planes de casarse. ¿Lo puedes creer?, esto es insólito.

Mía no salía de su asombro, terminé de darle los detalles de la conversación, cuando sin darnos cuenta llegamos al consultorio de Robert. Dónde nos anunciamos como de costumbre con su secretaria.

Al girarnos para buscar donde sentarnos mientras esperábamos, se abrió la puerta del despacho. Robert salió acompañado de una mujer...

«Espera era la misma mujer con la que lo habíamos visto en el restaurante, la misma mujer que lo miraba con ganas de arrancarle la ropa... ¡Maldición! Era Claire, su vieja amiga de la juventud».

—Hola chicas, vine a entregarle las entradas a Robert, de la exposición de fotografía que les conté. No dejen de ir, se celebrará en un par de semanas —sonrió arreglándose el cabello para luego completar—. Me tengo que ir, ando apurada. Ha sido un placer volver a verlas.

—Allí estaremos —le aseguré.

Cada vez que la veía a su lado, la duda me invadía ¿Qué tal si Robert, decide ir sin mí? O ¿qué tal si mi absurdo comportamiento lo empuja a las garras de esa mujer? Pero sobre todo, ¿Qué es lo que ella busca, qué quiere de mi prometido? Debía apartar mi estúpido orgullo y actuar con inteligencia. Eso era lo que tenía que hacer de ahora en adelante.

Nos despedimos de ella con naturalidad, Mía también aprovechó para confirmar que había una entrada para Connor, porque sin su compañía estaba segura que ella no asistiría.

—¿A qué se debe esta grata visita sin anunciar? —preguntó Robert, sonriendo.

—Creo que acabo de olvidarlo —mi expresión de incomodidad, era demasiado evidente.

—Vayamos a almorzar —sentenció Robert, dándose cuenta de mi repentino cambio de humor.

—Sólo vine a acompañar a Ally, tengo que volver a la emergencia, gracias por la invitación papá —nos despedimos con afecto, quedando de acuerdo para vernos esa tarde.

De camino al restaurante en principio hablamos de frivolidades, para aligerar el ambiente. Pero enseguida abordó el tema de mi ex:

—Entonces. ¿Qué quiere Josh Mccoy?

—Dice que quiere volver a la vida de las niñas. Y que si no lo dejo, tratará de pelear la custodia.

—¡Es un hijo de puta! —gritó irritado, dándole un pequeño golpe al volante.

—Lo sé, Robert. —comenté resignada pero no continué al verlo tan ofuscado. El resto del camino lo hicimos en silencio.

Mientras nos atendían en el restaurante, comencé a recordar la escena en su consultorio, lo cómoda que se veía esa mujer a su lado, la forma en que él se condujo o era mi paranoia, mis celos me estaban consumiendo. No soportaba la idea de no saber las verdaderas intenciones de Claire.

—¿Le pasa algo a tu filete? —la pregunta de Robert, me trajo de vuelta al restaurante.

No había probado ni un bocado, mientras le daba vueltas a los vegetales con el tenedor, absorta en mis pensamientos.

—No, está delicioso.

—¿Qué tal el vino? —continuó,

—Estupendo, tomaré otra copa.

—Aja... —asintió con la cabeza sin creermelo—.Tenemos que hablar —dijo acomodándose en la silla.

—¿Es acerca de Claire?, ¿me quieres contar que es lo que realmente busca ella de ti? ¿De eso se trata? —sin poder contenerme un segundo más le solté todo casi sin respirar.

Robert, colocó su mano sobre la mía, clavando sus hermosos ojos azules en los míos enseñándome una pequeña sonrisa.

—Has estado un poco distraída, eso es todo.

—¿Todo, Robert? —lo miré suplicando una explicación.

—Es la primera vez que te pones celosa.

—¿De qué hablas?, yo no estoy celosa. Estoy cansada, preocupada por la inesperada visita de Josh, y ahora esta vieja amiga tuya que aparece de repente. Y para completar los preparativos de la boda... ¡Pero celosa!... de eso nada.

Robert soltó otra carcajada, que aligeró el ambiente entre los dos, era tan genuina y contagiosa que sin darme cuenta lo imité.

—Está bien Ally, te creo —le dio un sorbo a su copa y continuó—.Tenemos que hablar de Josh Maccoy —el cambio de su reacción resultó instantáneo.

Es en ese momento cuando junto las piezas, los dos estamos molestos por el rumbo un tanto extraño que ha tomado todo de repente...

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué quiere Allison? ¿Por qué no me contaste acerca de la llamada?

—No lo sé, Robert.

Es lo único que me atrevo a decirle, guardándome el hecho de que va a casarse y me ha amenazado para que me encuentre con él y su futura esposa antes que se termine la semana. De todas maneras es imposible que lo haga, mi repentino viaje a Chicago, ha cambiado mis planes por completo.

—No quiero que la presencia de tu Ex, se transforme en un problema. No te quiero ausente y preocupada. Por eso quiero pedirte que me dejes encargarme de él.

—¿Encargarte de él? —casi me ahogo con la comida, era la primera vez que lo escuchaba expresarse como un*Gangster*—.¿Qué quieres decir con eso? Me estas poniendo nerviosa. ¿Acaso perteneces a la mafia rusa? —sonrió abiertamente colocando su mano cálida sobre la mía.

«Este hombre sentado frente a mí, aunque era mi prometido, actuaba como un desconocido... esto sí que era una novedad.»



Capítulo 12

—**N**ada de mafias. Es muy sencillo mi damisela en apuros. Soy yo quien hablará con él.

—Pero... Robert... —comencé a tartamudear ante mi sorpresa, sin embargo hago un esfuerzo por expresarme de manera coherente—. Creo que estás exagerando un poco.

—¿Exagerando, Allison? Francamente no lo creo. La forma en que se presentó en tu apartamento, dejó mucho que decir.

Lo miro estupefacta, pero me sorprende al notar como el enfado crece dentro de él.

—Me gustaría intentar resolver este asunto por mi cuenta, si no te molesta.

—Claro que me molesta, no quiero que lo enfrentes sola, teniéndome a tu lado, déjame hacerlo. Déjame desempeñar mi papel.

—Pero... ¿quién eres, Robert? Desconozco esta actitud tan posesiva y dominante —sus rasgos se relajan ante mi comentario—. ¿Dónde está mi prometido? ¿Dónde te lo has llevado? Exijo que me lo devuelvas —los dos sonreímos ante mi descabellado comentario.

—Será mejor que pague la cuenta. Debo volver a la consulta.

—¡Oh!, pensaba que te tomarías la tarde libre, para venir con nosotras al aeropuerto —niega con la cabeza colocando la copa en la mesa—. ¿Quién buscará a Esther?

—Mía se encargará —contesta haciéndole señas al camarero—. Esta conversación no ha terminado señorita Lowen. Quiero que pienses lo que acabo de proponerte, por favor.

—Lo pensaré. Pero no te prometo nada. ¿Qué hay de esa mujer, Claire?, ¿Qué es exactamente lo que ella quiere?

Esta era mi gran oportunidad para ponerle fin de una vez y por todas a ese tema tan

desagradable. Claire era un estorbo y no la quería cerca de mi prometido.

Robert alzó la vista y resopló con fastidiado ante mi pregunta, poco me importaba lo único que deseaba era que se sincerara conmigo.

—Volvemos con el tema.

—Sí, vuelvo con el tema, Robert. Porque cada vez que pregunto te escabulles con excusas, yo quiero que seas sincero conmigo. ¿Acaso te estas acostando con ella?

—¿¡Qué!?! —alzó una ceja.

—Lo siento, si no he sido lo suficiente clara, ¿te la estas tirando? —insistí, harta de sus evasivas.

—¡Claro que no! —contestó de inmediato.

Exclamó con tanta fuerza, que parecía indignado, pero yo me sentía de maravilla al sacarme de mi pecho esa espina que no me dejaba vivir. Aunque sabía que una vez más me estaba dejando arrastrar por ese horrible sentimiento, una vez más estaba cayendo en la trampa que esa mujer había tendido para mí.

Robert, no pronunció una palabra desde que salimos del restaurante, hasta que llegamos en su auto a la entrada del edificio. Al abrir la puerta mi corazón latió a mil por hora. Era la primera vez que no estábamos de acuerdo en algo, era la primera vez que el silencio entre los dos se sintió incómodo y eso no me gustaba, no me gusta para nada.

—Te veo esta noche —alzó mi barbilla buscando mis ojos, para depositarme un beso sobre los labios antes de añadir—. No hay razón para que desconfíes de mí.

Se alejó en dirección al coche, dejándome aturdida ante sus palabras y yo me pregunto:

«¿Será verdad? ¿Estaré inventándome todo esto debido a la boda? O es que Robert, no es capaz de admitir que se está arrepintiendo de casarse conmigo».

La maldita duda cubre mi corazón y mi mente, como una niebla que no me deja ver las cosas con claridad.

A eso de las cinco de la tarde Mía, pasó a recogerme muy emocionada. Connor, le había al fin dejado su todoterreno para que fuéramos al aeropuerto. Esa tarde él se encontraba de guardia, por eso no nos acompañaba.

—¡Ally! Amiga, ¿por qué tienes esa cara?

—Nos hemos peleado —contesté soltando todo el aire retenido en mis pulmones.

—¿Qué pasó? —no dije nada, voltee mi rostro al cristal de la ventana—.Tienes que contarme. ¡Ah! Ya sé, es acerca de Claire —aseguró.

—Es la primera vez que discutimos —comienzo, pensando que quizá ella podría ayudarme a ver las cosas desde otra perspectiva—.Es acerca de Josh, Claire... no sé Mía, a veces pienso que Robert se está arrepintiendo.

—¿Arrepintiendo? Estas chiflada, Allison —alegó negando con la cabeza—.Mi papá, se muere de amor por ti. Además, ¿qué te hace pensar eso?

—Es que cada vez que trato de indagar acerca de ella, él se escabulle con excusas sin sentido, argumentando que yo no debo sentir ningún tipo de desconfianza. Y te soy sincera, no desconfío de Robert. Pero sí que lo hago de esa mujer que cada vez que lo mira, me hace sentir que lo quiere para ella. Esa mujer me lo quiere quitar Mía, y siento miedo, miedo de que yo con mi inmadura manera de reaccionar termine alejándolo y entregándoselo en bandeja de plata.

—Ally... —su tono es tan suave, que me conmueve y es cuando me doy cuenta que estoy llorando.

—Lo siento amiga, siento tanto todo lo que está pasando. Quizás son los nervios de la boda, quizás me estoy ahogando en un vaso de agua...

—Shhhh, no digas más. No te hagas daño —Mía, apagó el motor del impresionante coche en una de las entradas del aeropuerto *Kennedy*, y continuó—.Allison, no estás sola aprovecharemos que mi abuela nos cuente quien es esa mujer y trazaremos un plan de ataque. Ya verás que todo va a salir bien.

La miré a los ojos y sonreí queriendo creer en su actitud positiva, esa era la conducta que debía tomar y no dejarme arrastrar por el pesimismo. Debía luchar por Robert, no dejaría que esa arpía me lo quitara.

Sellamos nuestro pequeño pacto con un abrazo antes de bajarme a buscar a las dos mujeres que me ayudarían a terminar de planear la boda, como también de encontrar el vestido más hermoso de toda la ciudad de Nueva York.

Esa noche durante la cena, todo volvió a la normalidad. Robert, seguía tan atento y cariñoso como de costumbre. Actuaba como si el incidente que habíamos vivido horas atrás no hubiera ocurrido.

Intenté hacer lo mismo, pero entre mis cualidades no figuraba la de actriz, por desgracia para mí.

—¿Cómo van los preparativos, Allison? —la pregunta de mi futura suegra, me sacó de mis cavilaciones.

—Me temo que no van tan adelantados como me gustaría. Pero es que entre el trabajo y mis obligaciones como madre no me queda mucho tiempo —me excusé.

—Te entiendo, menos mal que hemos podido venir a ayudarte —le dirigió una mirada cómplice a mi madre—. ¿Qué tienes en mente?

—Me gustaría una boda sencilla, en la intimidad de la familia y los amigos más cercanos, quizás en la playa. Pero desde que el diario lo anunció, creo que nos ha puesto un poco de presión con algo más grandioso —tomé la mano de Robert, buscando su apoyo.

—Ally, cariño, olvídate del diario. Tendremos la boda que tú consideres perfecta para los dos.

—Es cierto hija —mamá intervino—. Una boda junto al mar me parece muy romántica.

—Entonces no se hable más —comentó, Esther—. Déjame a mí querida, seré la encargada de encontrar un lugar precioso en Tampa. Sólo ocúpate de lucir hermosa ese día.

Resolvió Esther con una sonrisa que le abarcaba el rostro. Ambas mujeres comenzaron hablar de arreglos florales, el color de los manteles y hasta planificaron un menú tentativo para la recepción.

Fingí que prestaba atención, pero mi mente estaba en otro lado, mi mente estaba en mis problemas, mi mente estaba en la rubia de piernas interminables y mi ex, quienes habían irrumpido en nuestras vidas como si se tratara de una broma de mal gusto.

Me levanté, dejándolas conversando de quien sabe qué cosa, con la excusa de chequear a las gemelas, quienes se habían quedado dormidas en la habitación de Robert, quien se había excusado momentos antes alegando en responder un par de llamadas.

En mi camino de regreso a la sala, escucho su voz proveniente del despacho, estaba al teléfono. Mi curiosidad era tal que camino de puntillas para no hacer ruido. Quedándome ante la puerta para no interrumpirlo, pero sin querer atrapo algunos fragmentos de conversación que me entristecen.

—Espérame allí —hizo una pausa escuchando a su interlocutor—.No te dejaré sola, cuenta conmigo.

Lágrimas de impotencia se agolpaban en mis ojos, lo escuché despedirse y repetir el nombre del lugar. Pero cuando se giró percatándose de mi presencia, se creó un incómodo silencio entre ambos.

En un reflejo, parpadeo intentando que mis lágrimas no salgan. No quería que se diera cuenta de lo afectada que me encontraba, mucho menos que había estado escuchando su conversación sin ser invitada.



Capítulo 13

—Me tengo que ir, se ha hecho tarde. ¿Podrías ayudarme con las niñas?

—Allison... —lo interrumpo alzando la mano, porque no deseo escuchar ninguna explicación, necesito mi espacio. Necesito privacidad para aclarar mis ideas.

—¿Me podrías ayudar? —le repito con tanta seriedad que en seguida se acerca y juntos caminamos hasta el dormitorio.

Robert, se encarga de Tara, mientras yo cargo a Amy, en mis brazos. Lo sigo de regreso a la sala donde las mujeres siguen charlando con entusiasmo. Pero al vernos con las niñas, de inmediato mi madre se levanta captando el mensaje.

—Mañana seguiremos con los preparativos, Pam. Cuéntale a Allison, a ver qué le parece ¿de acuerdo?

—Por supuesto Esther, hasta mañana.

—En seguida vuelvo mamá —comenta Robert.

—Tómate tu tiempo hijo, no te preocupes por mí.

—Gracias por todo, Esther, hasta mañana y buenas noches.

Me despido de ella, a la que no estoy segura si seguirá siendo mi futura suegra, porque después de lo que acabo de escuchar, ya no estoy segura de nada. Lo que sí tengo claro, es que debo hablar con Mía. Ella, podrá ayudarme con la información que tengo en mis manos.

Una vez acostadas las niñas en su dormitorio, mi madre y Robert, se despiden en la sala. Los observo desde la puerta, sintiendo como mi corazón se aprieta en mi pecho ante la duda de su amor, ante la duda de que lo que sentimos sea tan fuerte que pueda superar esta prueba para poder seguir adelante.

—Buenas noches —dijo alzando mi barbilla, justo cuando nuestras miradas se cruzan, habría jurado ver tristeza en sus ojos.

—Que descanses —contesto desviando la vista, evitando mirarlo.

Siento sus labios sobre mi frente, y cierro los ojos a punto de desplomarme, pero me mantengo firme. Me dejo abrazar por unos instantes. Los dos sabemos que algo ha cambiado. Pero no lo queremos enfrentar todavía.

Cierro la puerta para ponerme manos a la obra, tengo que mandarle un mensaje de texto a Mía, pero antes tengo que hablar con mamá:

—¿Estás cansada? —le pregunto, buscando dentro de mi bolso el móvil.

—Sí, pero me gustaría tomar una ducha antes de acostarme.

—Siéntete como en tu casa, mamá. En el closet del baño encontrarás toallas limpias —ella asiente sin dejar de observarme.

—¿Estás bien? te he sentido distraída, hija. ¿Qué te preocupa?

«¿Qué me preocupa? Hay mamá si pudiera contarte», pienso mientras le doy un abrazo cariñoso.

—Un poco nerviosa por la boda —le digo acompañándola al baño—. Pero imagino que es lo normal en estos casos, ¿no crees?

—Te creo. Mañana será un mejor día hija —sonríe, al parecer la tranquilicé.

Mientras mi madre se duchaba le mandé un mensaje de texto a Mía:

Allison: ¿Dónde estás?

Me serví una copa de vino blanco, mientras esperaba la respuesta de mi amiga, quien al terminar de cenar con nosotros se fue al hospital a entregarle la todoterreno a Connor.

Mía: Llegando al apartamento de Connor ¿Por qué?

Allison: Tenemos un código rojo.

Mía: ¿Codigo ROJO? ¿Estás segura?

Código rojo era una forma de referirnos en clave, que estaba siendo engañada por mi pareja.

Allison: No estoy segura. Necesito ayuda. Necesito que Connor, nos ayude.

Mía: Allison, me estas poniendo nerviosa. Llámame.

Allison: Mi madre está en la ducha, no me puedo arriesgar.

Mía: Cierto, lo había olvidado. Déjame preguntarle a Connor, si nos puede ayudar.

Allison: Estaré esperando, pero no te tardes tenemos una hora para llegar al lugar.

Las ideas se revuelven en mi cabeza, las palabras de Robert en el teléfono y sobre todo este ataque de celos que me hace dudar tanto. Pero algo si tengo claro, no estoy dispuesta a vivir otro fracaso y mucho menos a salir con mi corazón roto por culpa de un fantasma del pasado.

Apresurada enciendo la portátil, me siento en la mesa del comedor, mientras carga el sistema operativo. Rebusco un pedazo de papel y un lápiz. Estoy tan nerviosa, exasperada y confundida, pero al mismo tiempo decidida a buscar información, aunque mi talento para el espionaje, se limita a Google.

Mis dedos vuelan por el teclado, colocando con rapidez su nombre, C L A I R E F E R G U S O N, y me sorprendo al leer que ella es una personalidad, en el mundo de la fotografía y el diseño de interiores de *La Gran Manzana*.

El artículo también comenta que de lo único que se arrepiente, es de no haber incursionado en el modelaje. Algo que no me sorprende de hecho goza del físico perfecto para ello. Sigo bajando tratando de encontrar algún chisme jugoso que me pueda interesar, pero no encuentro nada fuera de lo normal para mí desgracia.

En una de las fotografías luce como siempre, falsa y con esa sonrisa practicada, estaba colgada del brazo de un fotógrafo francés, un tal: Gael Fauré. Se rumoraba que mantenían una relación. Aunque él estaba casado.

El sonido del móvil me alertó, con la llegada de un mensaje de texto:

Mía: Vamos en camino, estaremos allí en quince minutos, te esperaremos abajo.

Allison: Gracias.

«Quince minutos me dará tiempo de hablar con mi madre e inventarle una excusa por mi extraña salida», pero ni modo, tenía que averiguar en que andaba metido Robert y sobre todo confirmar que la llamada que había recibido era de Claire.

Después de todo yo era una mujer enamorada, estaba en mi derecho de averiguar y proteger lo que era mío. Apreté los ojos soltando un largo suspiro antes de apagar la portátil, con una duda dentro de mi pecho:

«¿En realidad, Robert, era mío?»

Le expliqué a mi madre, que tenía que salir con Mía, pero que pronto regresaría, tomé el abrigo, mi bolso, las llaves y el móvil, para salir del apartamento a mi encuentro con mis aliados de esa noche.

El resplandor de unas luces potentes me avisó que eran ellos, caminé hacia el imponente todoterreno, con el corazón palpitando en mi garganta. Los saludé con una sonrisa nerviosa antes de montarme en la parte trasera.

Me sentía dentro de una escena de una película de espionaje, dónde los protagonistas serían atrapados. La incertidumbre me estaba matando en carne viva.

—¿A dónde vamos? —preguntó Connor—. Mía, me contó que esto era un asunto de vida o muerte.

Solté todo el aire que tenía retenido en mis pulmones, sintiéndome abatida por lo que estaba a punto de decirles.

—Vamos a un lugar que se llama: *Explosion*. ¿Lo conoces? —Hice una pausa buscando

el recorrido que había anotado en un papel dentro de mi bolso—.Tengo la dirección —agregué ofreciéndole el arrugado papel a Mía.

Connor, se giró en el asiento encarándome con sorpresa.

—¿Ustedes saben qué tipo de lugar es ese?

—¡No! —respondimos las dos casi al unísono.

—Es un club de intercambio de parejas —nos explicó Connor, con seriedad—.¿A quién estamos buscando?

—¡Oh!, por todos los cielos —exclamó Mía, tapándose la boca con una mano—.Mi papá —respondió tan abochornada como yo.

—Lo escuché sin querer —me sonrojé en el acto—.Escuché que le dijo a la persona con quien hablaba que lo esperara en ese lugar —al fin pude soltar lo que tanto me angustiaba.

—¿Estás segura Allison?

—No Connor. No estoy segura de nada. Pero tengo que saber qué es lo que está pasando con Robert, de una vez por todas. No puedo seguir adelante con la boda si descubro que me está engañando.

Él se giró en su asiento y puso en marcha el motor, yo traté de distraerme mirando por la ventana, pero era imposible concentrarse, porque Mía le estaba reclamando sobre el lugar al que visitaríamos a continuación.



Capítulo 14

Una vez que llegamos, Connor se detuvo en un estacionamiento pero antes de apagar el motor se dirigió a las dos:

—¿Es realmente lo que quieren hacer? Digo, ¿entrar a un lugar como este? —nos observó con curiosidad—. Todavía estamos a tiempo de volver a casa.

—Ya estamos aquí, no puedo parar ahora.

—Estoy con Ally, salgamos de una vez de esta incertidumbre. No creo que mi padre te esté engañando amiga, pero nunca se sabe.

Nos encaminamos hasta la entrada del local y al llegar a la puerta uno de los porteros se dirigió a nosotros:

—En este Club, sólo se acepta la entrada de parejas. Una de las dos debe esperar afuera. Son las reglas.

—La pareja de ella —contestó, Connor, apuntándome—. La está esperando en la barra.

El hombre nos estudió de pie a cabeza, no muy convencido de nuestros atuendos para estar en un lugar como ese y agregó:

—Si es así, pueden pasar.

Al traspasar las puertas, Connor, nos dijo que lo siguiéramos. Mía y yo, nos tomamos de la mano intentando seguirle el paso a su novio. Atravesamos un largo pasillo de iluminación escasa. En el ambiente flotaba una agradable y sensual fragancia, una suave música de fondo y el murmullo de los miembros del Club, le daban ese toque misterioso al lugar.

Connor, se detuvo al final del camino que desembocaba en un gran salón, la estancia era enorme, decorada en colores oscuros, grandes cortinas, sofás de diferentes tamaños y formas, y luces tan diminutas que hacían dificultoso ver con claridad.

Al final se encontraba una inmensa barra, chicas y chicos a medio vestir hacían de camareros, todos con hermosos cuerpos, exceso de maquillajes y lociones de aceite.

Connor, barrió el lugar con detenimiento hasta que divisó a Robert:

—¡Chicas! —Llamó nuestra atención—.Acabo de encontrarlo. Es aquel que está al final de la barra, conversando con una rubia. ¿Lo ven?

En cuanto mis ojos se adaptaron a la suave luz, pude enfocarlo. Una oleada de adrenalina corrió por mis venas, el corazón se desbocó en mi pecho al ver su impecable rostro. Mis piernas se movieron solas dando unos pasos hacia delante, pero no lo suficiente para que se diera cuenta de mi presencia.

Sin embargo, Robert alzó la vista para toparse con nosotros. No muy sorprendido por encontrarnos allí. Asintió con la cabeza sacando su billetera del bolsillo al mismo tiempo, colocando un billete sobre la barra para dedicarle unas palabras a la mujer, que efectivamente era Claire, quien desde hoy era oficialmente mi única enemiga.

No obstante, la muy descarada, se voltea con gracia y nos saluda con la misma sonrisa practicada de las fotos de Google.

«¡Arrrrggg!» Me pongo furiosa por su fresca actitud y aunque suene ridículo y un tanto extraño, su gesto me hizo darme cuenta que no estaba dispuesta a perderlo y mucho menos dejárselo con tanta facilidad... Sin pelear.

—Ya nos vio. Quédense aquí. Y por favor, no se muevan vuelvo enseguida —dijo Connor, en tono conciliador.

—¡Connor! —lo tomé del brazo para que me mirara—.Lo siento, no puedo dar un paso más —confesé apenada.

—Robert sabe que estamos aquí, Allison. Así que terminemos de una vez con todo esto.

—¡Connor! —intenté detenerlo, pero era muy tarde, el murmullo de las personas junto con la música hicieron imposible que me escuchara.

—Espero que estemos haciendo lo correcto, Ally —comentó Mía, quién no me soltaba la mano.

Pude percibir por la manera en que Robert fruncía el ceño, que la conversación era tensa. Lucía incómodo y cuando Connor le dedicó unas palabras, la expresión de su rostro cambió a preocupación.

No sé si eran los nervios, la decepción o el enfado conmigo misma, por verme en una situación como esa, pero nunca me había sentido tan engañada en mi vida. Aunque él, no estaba haciendo nada comprometedor, el simple hecho de aceptar encontrarse con esa mujer en un lugar como ese, para mí era suficiente. Además, esta era la tercera vez que los veía juntos y no lo soportaba, sobre todo en ese ambiente tan cargado de sensualidad.

Mía colocó su brazo sobre mi hombro infundiéndome valor, dándome todo su apoyo:

—Por lo menos no lo encontramos haciendo nada malo —trató de defenderlo.

—Quizá es porque hemos llegado a tiempo —suelto con amargura.

—No digas eso, Ally. No lo creo capaz.

La escucho sin despegar mi contacto visual de Robert, y le respondo:

—Ya no sé qué creer, amiga. Pero esta noche me voy a jugar mi última carta con Robert. Sólo espero no arrepentirme —enderecé mis hombros y batí mis cabellos con soltura.

—Ánimo Ally, cuentas conmigo, no lo olvides.

—Mía, le he declarado la guerra a esa mujer —ella me observó con astucia.

—Pelearemos con las uñas.

Estaba decidida a todo, desde destrozarse su perfecto peinado, hasta arrancarle las pestañas postizas y regarle el maquillaje... si era necesario claro.

—¿Ally, alguna vez has estado en un sitio como este? —la pregunta de Mía, me sorprende, pero su curiosidad es tan genuina que la miro a los ojos para responderle.

—¿Me creerías si te digo que es mi primera vez? —las dos sonreímos.

—Claro que te creo —me anima a caminar a su lado—. Se me ha ocurrido una idea. Actúa como si él te estuviera esperando... ¿qué dices?

—No me voy de este lugar, sin mi prometido.

—Así se habla, Ally —nos sonreímos siguiendo nuestro camino.

Los dos hombres nos esperaban de pie, a medida que nos íbamos acercando, pude darme cuenta cómo Robert recorría mi cuerpo con sus hermosos ojos azules. Me acerqué para depositarle un muy provocativo beso en los labios, sin dejar de observarlo. Mi intención era marcar territorio demostrándole a esa mujer que su presencia no me afectaba.

—Gracias por esperarme, amor. Tuve que pedirle a los chicos que me trajeran —le guiñé un ojo, para que me siguiera la corriente—. ¿No te dijo Robert que venía? —me giré hacia ella clavándole la mirada.

—No, no lo mencionó —respondió abriendo su cartera sacando el móvil, al que revisó con nerviosismo—. Pues sean bienvenidos. ¿Les gusta el lugar chicas?

—A mí me parece un lugar tan divertido como cualquier otro. ¿Pedimos una copa? —dije animosa, aunque lo que quería era salir corriendo de allí.

—A mí también me gusta mucho, sobre todo la decoración —intervino, Mía.

—Pedimos otra ronda de tragos entonces —añadió, Claire, mientras leía la pantalla de su móvil—. Por lo visto mi acompañante llegará un poco tarde, si no es que me ha dejado plantada —comentó irritada.

—¡Nada de rondas! —exclamó Robert con firmeza—. Será mejor que nos vayamos —tomó una de mis manos con ternura—. Te llevo a casa preciosa, este sitio no es para ti.

Asentí soltando un suspiro apretándome de su agarre, necesitaba que se diera cuenta que era importante que me diera mi lugar frente a ella.

—¿Te quedas Claire? —Preguntó Mía, dejándose abrazar por su novio.

—Estoy esperando a alguien, pero no se preocupen por mí —le sonrió con afecto y agregó—. Y... ¡Mía!, recuerda que tenemos un café pendiente.

—Lo recuerdo. Lo dejaremos para después de la boda.

—¿¡Boda!?! —expresó Claire, sorprendida.

—Sí, la boda de mi padre con Allison —comentó Mía, guiñándome un ojo— Estoy ayudándolos con los preparativos.

—Claro lo entiendo, no estaba al tanto de que era tan pronto —se acomodó en el asiento y continuó—. Por lo menos espero verlos en el show de fotografía, ¿cierto?

—Allí estaremos —le aseguré, desafiándola con la mirada.

Nos despedimos de ella, dejándola en la barra junto a su trago. Algo en el tono de su voz, me hizo sentir pena por esa mujer. Aunque su vida estuviera rodeada de glamour, éxitos y mucho dinero. Se le notaba que era una persona solitaria, triste, tal vez depresiva.

Definitivamente tenía que seguir investigándola, no me podía permitir bajar la guardia a tan solo unas semanas de la boda, eso sí era considerado un delito, porque si su motivo era quedarse con el novio, yo lo tendría que impedir a toda costa.



Capítulo 15

Nos despedimos de Mía y Connor, y en silencio les agradecí su discreción. Robert y yo caminamos en dirección a su coche, mientras mi cerebro trabajaba en la mejor forma de abordar el tema.

«¡Vamos, Ally!, piensa en algo grandioso que decir y ni se te ocurra hacer una típica escena de celos, de todas maneras no lo encontraste haciendo algo indecoroso, sólo conversando casual, en una barra de un famoso Club de intercambios». Pensé mientras él conducía hasta el apartamento.

—Estas muy callada.

—¿Yo? Nada, imaginaciones tuyas —me acomodé en el asiento—. Estoy bien, ¿y tú? —pero aunque tratara de ocultarlo, el tono de mi voz sonó irritado.

—Aja, imaginaciones mías —repitió—. ¿Cómo supiste donde encontrarme? ¿Has estado espíandome?

—No te espiaba, sencillamente pasé frente a tu despacho y logré escuchar un pedazo de la conversación. Pero de espiar... —negué con el dedo índice—. ¡Que va! De eso nada. No soy de ese tipo.

Rió con ironía, antes de encender la radio, evidentemente no quería seguir con la conversación y allí es cuando mi muy macabro cerebro, comienza a imaginar una historia de engaños en mi cabeza.

Al llegar al estacionamiento del edificio, Robert, apagó el motor girándose para tomar mi barbilla buscando mi mirada.

—¿Desconfías de mí?

Su pregunta me desarma, sus ojos están clavados en los míos y su voz está cargada de sinceridad.

Me había estado haciendo esa misma pregunta desde que los vi juntos la primera vez, la misma pregunta que taladraba mi cerebro todas las noches desde que ella apareció.

¿Acaso debo desconfiar de mi prometido? ¿Es normal que lo haga? O, ¿son los nervios de la boda?

Y aunque suene absurdo, no tenía una respuesta fundamentada. Una respuesta que no me hiciera quedar como una novia paranoica a unos días de su boda, una verdadera respuesta que lograra romper ese compromiso.

—No lo sé. —aparté mi rostro porque ya no soportaba más ver esa expresión de desilusión en su rostro—. Y tú, ¿confías en mí?

Solté con amargura, escuchando como mi voz se quebraba. Logré abrir la puerta para salir del auto a tomar una bocanada de aire, me sentía enferma, sofocada. No deseaba escucharlo, no deseaba continuar con ese tema por esa noche, había tenido suficiente.

Caminé asegurando mi abrigo, aferrándome a la cartera, pero me detuve en seco por unos instantes al sentirlo abrazarme por la espalda.

—Claro que confío en ti —murmuró en mi oído.

—No me mientas, Robert. Por favor, no lo hagas... aunque ninguno de los dos quiera admitirlo ninguno lo hace...

Me solté de su abrazo antes de permitirle a mis lágrimas salir. Atravesé la puerta de cristal para correr a las escaleras, no deseaba pasar un segundo más a su lado, por lo menos no por esa noche, necesitaba el refugio de mi hogar, tranquilizar mis sentimientos y un poco de soledad.

A lo lejos escuché su voz gritar mi nombre, entre una mezcla de desesperación con tristeza. Pero yo seguí y cuando iba en la segunda planta me detuve a descalzar mis pies para continuar mi camino hasta el quinto piso.

Al entrar al apartamento, en seguida me dirigí a la ducha y aprovechando el sonido de la regadera al caer, me desplomé en el piso dándole rienda suelta a un llanto que era necesario sacar de mi cuerpo.

Antes de meterme en la cama, ya mucho más calmada, revisé el móvil dándome cuenta de los nueve mensajes de texto de Robert:

Robert: Allison déjame explicarte.

Robert: Por favor contesta mi mensajes.

Robert: Lo confieso, estoy celoso con la aparición de tu ex, por eso no quiero que se vean a solas.

Robert: No te molestes conmigo por favor.

Robert: Claire no significa nada para mí, te lo juro.

Robert: Contesta Ally, cualquier cosa.

Robert: Esta bien, necesitas espacio para organizar tus ideas, lo entiendo, seré paciente.



Robert: Recuerda que te amo.

Robert:

Sonreí como una idiota, al leer el último mensaje del corazón, él nunca usaba los emoticonos. Yo también lo amaba, pero necesitaba unos días para asegurarme a mí misma que esta boda funcionaría.

Allison: Dame el resto de la semana para organizarme, pasado mañana salgo de viaje a Chicago, de regreso aclararemos lo de mi ex y lo de Claire... Yo también te amo Robert, tampoco lo olvides.

Robert: Son muchos días, es imposible que me mantenga alejado de ti sabiendo que te vas de viaje. Mañana hablaremos ¿de acuerdo?

Allison: No, Robert. Mañana voy a lo del vestido.

Robert: Entonces pasado mañana.

Allison: Robert...

Robert: Allison...

Después del trabajo tomé un taxi en dirección a *Weddings*, una de las tiendas más exclusivas de vestidos de novia de toda la ciudad. Se encontraba en el centro de Manhattan. Allí me estaban esperando: mi madre, Mía y Esther, y al llegar las encontré en la entrada. Todas sonreímos al vernos, totalmente emocionadas.

—¡Qué alegría, hija! —comentó mi madre, al abrazarme.

Le devolví el abrazo con afecto, para girarme a saludar a Esther y Mía, con un beso en la mejilla. Al entrar en el almacén, una de las vendedoras, con quién ya teníamos una cita nos saludó y nos condujo a un salón más privado.

—Por las descripciones que me dio por teléfono, le he apartado varios modelos diferentes para que vea cuál le va mejor, ¿qué le parece?

—Me parece perfecto —le digo nerviosa.

Mamá, Esther y Mía, asienten sonriendo mientras se sientan en un largo sofá de piel color hueso.

—Sígame por aquí, señorita Lowen.

Señaló un pasillo lateral con su brazo, invitándome a seguirla. De inmediato me despedí de las chicas. Una serie de diferentes modelos de vestidos y degradaciones del color blanco se encontraban colgados de un perchero. Me acerqué al primero, pero lo encontré muy recargado de pedrería.

Pasé la mano por el segundo modelo, pero el tono del blanco me pareció muy inocente y sencillo.

El tercero, ni siquiera llamó mi atención. El cuarto era muy tipo princesa. El quinto muy sexy y transparente.

Resoplé desilusionada ante mi mala suerte, ninguno era el perfecto para mí. Desilusionada por la selección, me giré hacia la vendedora, quién no paraba de hablar explicando cada uno de ellos, nombre de las telas, tipos de brocado y pedrerías, hasta el apodo del diseñador. Información que poco me importaba, mientras no encontrara el que me enamorara a simple vista.

—Lo siento, pero no me ha gustado ninguno —comenté irritada a la pobre vendedora que se quedó con la boca abierta.

—Señorita Lowen, por lo menos Pruébese uno, de lo contrario nunca sabrá cuál es su estilo —suspiré al escucharla.

—Muchas gracias, pero prefiero enamorarme al verlo para luego atreverme a probármelo.

—Pero... Señor... —alcé la mano interrumpiéndola.

—No insista, le agradezco su tiempo.

Me giré para encontrarme con las chicas, que al verme aparecer sin un vestido encima, fruncieron el ceño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mía.

—No me gustó ninguno de los que me seleccionaron, será mejor seguir buscando en otro almacén.

—¿Estás segura, Allison? En la vitrina se ven vestidos hermosos —intervino Esther, animada—. Te aseguro que lo encontraremos querida, ánimo que esta es una tarea compleja.

«Esther tenía razón, porque además de compleja era agotadora y frustrante.»

—Hija, sólo dínos cuál es tu estilo, y lo buscaremos entre todas.

Justo en ese momento, apareció la vendedora con una sonrisa amistosa, de seguro estaba acostumbrada a tratar con novias nerviosas. Apenada ante mi reacción, me sonrojé.

—No se preocupe por nada, señorita Lowen, encontraremos lo que anda buscando. Siéntese mientras le traigo algo de tomar.

Las chicas aplaudieron y me abrazaron animándome a seguir con la búsqueda del vestido de mis sueños. Luego después de una copa de champaña, nos levantamos animadas para seguir adelante, nuestra misión era encontrarlo. Ahora la selección era más a mi gusto, así que se hizo mucho más fácil la tarea de probarlos hasta decidir un ganador, ese que me sacaría lágrimas de alegría.



Capítulo 16

Dos horas, tres copas de champán y cinco vestidos de novia más tarde... lo encontramos. En cuanto salí del probador y me situé frente a la inmensa pared de espejo, pude ver mi reflejo de novia feliz.

Lágrimas se agolparon en mis ojos y una inmensa sonrisa iluminó mi rostro. Mi madre se llevó la mano al corazón mientras lloraba en silencio. Mía y Esther, se abrazaban sonriendo con exageración, asintiendo con la cabeza al mismo tiempo.

Este era mi vestido, con él me casaría con Robert. Aunque todavía nos faltaba aclarar nuestros asuntos, supe por su reacción de anoche que me amaba, así que con la cabeza en alto y con una actitud de comerme al mundo, empezaría una nueva vida a su lado, una vida que me merecía, con la que había soñado desde que era una niña.

—Hija, es precioso —comentó mamá, con voz entrecortada.

—Sí, Allison, este vestido es perfecto para ti —agregó, Esther.

—Espera... aún falta algo —dijo Mía, mientras tomaba de las manos de la vendedora un largo velo—. Déjame ponértelo.

Mi amiga, lo aseguró de mi coronilla, dándole ese toque especial que le faltaba al atuendo. Yo como una chica sentimental que soy, no paraba de llorar por la emoción.

—¡Lo hemos encontrado!

Sentencí determinada, girándome hacia las chicas para verlas sonreír en aprobación.

Una vez que la vendedora lo ajustó, para darle los últimos toques de perfección, lo dejamos en la parte de alteraciones, dónde me prometieron que estaría listo en una semana.

Para celebrar nos fuimos a comer a un pequeño restaurante italiano cerca del apartamento. Mi madre y Esther, no paraban de hablar de los preparativos que faltaban y de comentar que sólo tenían tres semanas para terminar. Mía y yo comenzamos a mandarnos mensajes de texto:

Mía: ¿Se reconciliaron? Cuéntame.

Allison: Le pedí unos días.

Mía: ¿Unos días?

Allison: Quiero hacerlo sufrir un poco.

Mi madre se aclaró la garganta, sacándonos de nuestra pequeña burbuja:

—¿Se puede saber por qué no nos incluyen en su conversación? —comentó mirándonos a las dos con desaprobación—. Esther y yo estaremos viejas, pero no somos tontas. ¿Nos quieren contar que está pasando?

Mía y yo, soltamos una risa nerviosa, para luego intercambiar una mirada cómplice antes de tener que explicarnos.

—Lo siento —comencé—. Anoche Robert y yo, tuvimos nuestra primera discusión —confesé dándole un trago a la copa de vino.

—Eso es muy normal que pase unos días antes de la boda —explicó mi madre cariñosamente colocando su mano sobre la mía—. ¿Nos quieres contar, hija? Quizá Esther, o yo, podamos darte un concejo.

—Sé que va a sonar un poco estúpido, pero lo cierto es que estoy celosa de una antigua amiga de Robert, que apareció hace unos días —alcé la vista buscando los ojos de mi futura suegra—. Pueda que usted la conozca Esther, se llama Claire Ferguson.

—Allison, no pierdas tu energía en esa mujer —comenzó—. Ella nunca ha significado nada en la vida de mi hijo. Te lo aseguro.

—Te lo dije, amiga —intervino Mía, emocionada.

Esther, tomó de mi otra mano apretándola suavemente, mientras negaba con la cabeza.

—Ahora entiendo el comportamiento y mal humor de mi hijo, pero como te dije querida, no hay nada de qué preocuparse. Robert sólo tiene ojos para ti.

«Eso era todo lo que necesitaba escuchar para asegurarme de hacer lo correcto esta vez, sólo me quedaba hacerme la dolida por unos días más y por supuesto no dejárselo tan fácil. Su explicación de todo lo que había ocurrido con esa mujer era necesaria todavía». Pensé mientras le daba otro sorbo a la copa de vino.

—Gracias, Esther, me quedo más tranquila. Anoche le dije a Robert, que me diera unos días para que resolviéramos lo de esa mujer.

—Eso está muy bien, hazlo sufrir unos días. A los hombres les hace falta.

Las cuatro soltamos una carcajada tan fuerte que los integrantes de la mesa de al lado nos dedicaron una mirada de curiosidad, para luego retomar el tema de la boda.

Ellas se encargaron de recordarme, que sólo nos quedaban un poco más de dos semanas para la ceremonia. Las dos se irían en un par de días a Tampa, para terminar de finiquitar los últimos detalles con respecto a la comida y la decoración.

Esa noche, mi prometido, volvió a comunicarse conmigo por medio de un mensaje de texto:

Robert: ¿Puedo bajar a tu apartamento?

Allison: Estoy ayudando a mamá con su maleta.

Robert: Mi madre llegó muy contenta. Pero se niega a contarme nada.

Allison: Ella es una mujer maravillosa. Hablaremos en cuanto vuelva de Chicago.

Robert: Allison, por favor...

Allison: Buenas noches.

Una semana más tarde, con un humor y actitud completamente recuperada, me fui al trabajo después de despedirme de la Nana y las gemelas.

Estaba dejando todo en orden en la oficina y delegando tareas antes del gran día de la boda. Me encontraba, imprimiendo unos documentos de último minuto cuando mi secretaria me avisó que Robert, se encontraba en la recepción.

Emocionada y nerviosa por volver a verlo, me fui al espejo a verificar mi imagen antes de hacerlo pasar. Ya habían pasado ocho días, aunque entre sus miles de llamadas diarias y mensajes de texto, siempre estuvimos en contacto

Me había mantenido inflexible a la hora de vernos en persona. Pero ni él ni yo aguantábamos más ese absurdo castigo que yo misma impuse, por supuesto arrastrada por mi orgullo herido.

—Déjalo pasar —respondí a mi secretaria, Roxy, alisándome la falda.

—Pasa —anuncié al verlo asomarse en la puerta, sonriéndole contenta.

—Gracias por recibirme, señorita Lowen —suspiré y negué con la cabeza, mientras él aseguraba la puerta.

—Robert... —lo llamo cariñosamente al verlo acercarse con cara de depredador, dedicándome una sonrisa torcida.

—No he dejado de pensar en ti todos estos días —dijo mientras sus dedos llegaban hasta el botón de mi blusa, desabrochándolo sin dificultad—. Me parece que es hora de levantarme el castigo. He venido para hacer las paces.

—Sólo fueron unos pocos días... —comenté mordiéndome el labio inferior y él sin inmutarse sigue en su tarea soltando otro botón.

—Así que ocho días te parecen pocos días... Te extraño, Ally —sus dedos encuentran el cierre frontal del sujetador y lo abre con la misma facilidad con la que ha desabrochado la blusa, que ahora está a punto de caer al suelo—. Te deseo, preciosa.

Lo único que quiero es cerrar los ojos y rendirme bajo su tacto, pero no puedo.

—No estas siendo justo, Robert —digo forzando el tono de mi voz, para que suene normal.

Roza el contorno de mi seno con delicadeza, para luego con las dos manos desabrocharme la falda, bajándola de un tirón. Y en lo que mi cuerpo queda medio desnudo, a su merced, deja escapar un suspiro.

—Mira quién habla de justicia... —comenta acariciando mis muslos—.Eres una obra de arte, Allison Lowen.

—Detente, Robert. Estoy en mi trabajo...

Excitada por sus palabras y mi desnudez, cierro los ojos, mientras lo siento acariciarme entera con la punta de sus dedos. Me toma por la cintura y me arrastra hacia él. Su agradable fragancia masculina me embriaga, volviéndome más vulnerable a sus caricias.

De repente lo siento arrodillarse mientras baja el bikini de mis caderas, dejándome aún más expuesta ante su oscura mirada.

—¿No me has extrañado Ally? Si supieras cuanto me excitas —abro los ojos, embriagada por sus palabras.

—Claro que te extraño, pero antes debemos aclarar lo de Claire...

Es lo único que alcanzo a pronunciar en cuanto se levanta, porque siento sus dedos introducirse en mi sexo, rozándolo con delicadeza, lo suficiente para olvidarme de lo que estaba a punto de decir.

—Me encanta lo receptiva que estas —su voz se ha vuelto ronca.

Pero con lentitud, después de una muy deliciosa tortura, se aleja unos pasos para contemplarme y lo escucho contener su respiración cuando sus ojos llegan a mi intimidad perfectamente depilada.

Se saborea los dedos llenos de mi esencia y se acerca a mí para adueñarse con intensidad de mi boca. Nos devoramos en un beso intenso y muy apasionado.

Yo quiero comérmelo entero, su presencia, su tacto, su olor, su voz, todo él me hacen perder el control, me aturde con delicia. Deseaba desvestirlo, presionarme contra él para sentir su piel contra la mía. Pero no lo hago, porque me recuerdo que estoy en mi oficina, en mi lugar de trabajo, entonces me quedo allí sin moverme, esperando que él se detenga.

—Yo también te deseo, Robert —le susurro sobre los labios—.Pero...

—No más peros, Ally.

Cambia su actitud, lo noto harto de que lo continúe rechazando, pero no puedo bajar la guardia, menos ahora. «Debo ser firme», me repito mentalmente.

Él se gira y decide sentarse en una de las butacas doblando una pierna. Mientras sigue cada uno de mis movimientos yo me visto con manos temblorosas, aún afectada de ese asalto tan intenso y apasionado.

—Yo tampoco quiero más peros entre nosotros y si mal no recuerdo, has sido tú quien ha dejado que las cosas lleguen a este punto.

—No quiero seguir discutiendo, preciosa —se levanta acomodándose la chaqueta de su traje—. Esta noche es la presentación en la galería de Claire. Paso por ti a eso de las siete.

—¡No iré!

—Iremos juntos y aclararemos todo lo que quieras. Basta de celos, te he dicho mil veces que no tienes motivos para desconfiar.

Se acercó para tomar mis manos entre las suyas, clavando sus hermosos ojos azules en los míos, pero justo en ese instante el sonido de la puerta nos alertó:

—Adelante —comenté separándome de Robert.

—Tiene una llamada, señorita Lowen.

—Toma el mensaje, Roxy por favor.

—La persona que llama dice que es urgente.

—¿Quién me llama?

—Josh Mccoy —

Robert, suelta un fuerte bufido, mientras nuestras miradas se cruzan. Luego asiente con la cabeza para que acceda a tomarla, aunque se le notaba irritado.

—Pasa la llamada, Roxy.



Capítulo 17

—No me voy hasta no saber que quiere.

—Deja la paranoia, Robert.

Mi sexto sentido me decía que no movería ni un músculo de su cuerpo hasta saber que era lo que Josh tenía que decirme.

—Pulsa el altavoz, quiero escucharlo.

Rodeo el escritorio, irritada ante la llamada de Josh y la actitud celosa de Robert. Sin embargo, me siento y hago lo que me pide, es hora de aclarar cualquier duda que pueda tener. Oprimo el botón y los dos nos sentamos a oírlo, ya quiero terminar con ese tema de una buena vez.

—Dime Josh, ¿cuál es la urgencia? —mi tono irónico es evidente. No obstante Robert no aparta sus ojos de mí ni por un segundo.

—Gracias por tomar la llamada, primero que nada... —lo interrumpo apurándolo.

—Al grano Josh, estoy trabajando —Robert asiente con la cabeza aprobando y hasta me dan ganas de reír, pero me contengo.

—Quería disculparme por la manera en la que me presenté en tu casa.. Mi intención nunca ha sido amenazarte y mucho menos molestarte —la expresión en el rostro de Robert, se ha vuelto dura, se levantó arreglando la chaqueta de su traje afectado ante el comentario.

—Entonces... —lo animo a continuar.

—Soy un imbécil, siempre lo he sido. Nunca te merecí y cometí muchos errores contigo, errores de los que no me siento orgulloso. Pero ahora he cambiado y esta vez no quiero volver a fallar —Robert se posiciona a mi lado con las manos en las caderas. Lo siento a punto de explotar.

—¿Qué es lo que realmente quieres?

—La oportunidad de ser parte de la vida de mis hijas otra vez y de que conozcan a mi futura esposa, Laura, ella está embarazada y es justo que incluya a las gemelas en mi nueva familia.

Robert y yo nos miramos sorprendidos ante la confesión de Josh, «Algo me decía que este cambio tan radical en su comportamiento era obra de otra persona».

Con los ojos abiertos como platos, contesté:

—¿Qué propones?

—Las quiero invitar a la boda, puedes traer a tu arrogante prometido si quieres —estuve a punto de soltar una carcajada cuando vi a Robert, apuntándose así mismo incrédulo.

—Me alegro por ti. Mándame la invitación y te prometo que le buscaré un espacio en mi agenda.

—Allí es donde está el problema, la boda es este sábado.

—Josh, cuanto lo siento, pero...

—Por favor Allison, has una excepción, significa mucho para mí...

Suspiro desanimada, nosotros nos estábamos yendo el sábado a la Florida, para terminar de ayudar con los últimos detalles de la boda.

La mano de Robert sobre mi hombro, me saca de mis pensamientos, alzo la cabeza, y lo veo asentir. Pulsa el botón para silenciarnos:

—Dile que vamos, salgamos de una vez de esto, tus hijas se lo merecen.

—¡Allison! ¿Sigues en la línea? —escucho a Josh a lo lejos, así que de inmediato y sin darle muchas vueltas, descuelgo el teléfono.

—De acuerdo, cuenta con nosotros y mi gruñón prometido —le guiño un ojo a Robert, sonriéndole con picardía.

—Gracias.

—Por cierto Josh. Felicidades.

Terminé la llamada, posando mis ojos en el magnífico rostro de Robert.

—¿Y bien?

—¿Bien qué? —le contesto mientras me levanto y llego hasta él, colocando una mano en la solapa de su traje.

—Tenemos una boda para el fin de semana —murmura cerca de mi oído con sensualidad.

Automáticamente su humor cambió al darse cuenta de las intenciones de Josh, ese problema estaba resuelto para él. Coloca con ternura suaves besos en el área de la clavícula y el cuello, arrancándome un gemido.

De pronto se detiene y con voz cálida me comunica mientras se aparta de mí:

—¿De verdad quieres que me mantenga alejado de ti? —pregunta tan serio como si me estuviera anunciando que estoy a punto de morir.

—Robert, es sólo hasta aclarar todo respecto a Claire. Mira como tú has cambiado al saber que Josh no busca nada conmigo —baja la mirada al suelo.

—Pero no estas siendo justa conmigo, ¿Te he dado motivos para desconfiar?

Me alejo de sus brazos molesta, ante lo que acaba de insinuar.

—Y yo Robert, ¿te di motivos? —me giré dándole la espalda—. La última vez que los vi juntos fue en un club de intercambios. Creo que tengo motivos suficientes para estar celosa, que digo celosa... ¡furiosa! ¿No te parece?

Alzó las dos manos en señal de rendirse, para caminar hasta la puerta.

—Comprendo Allison.

—Robert, yo necesito sentirme segura de nosotros... ¿no te das cuenta? No me puedo dar el lujo de fracasar por segunda vez.

—No digas más preciosa... paso por ti a las siete.

Me quedé como una idiota y con la palabra en la boca, parada en medio de la oficina al verlo salir molesto o más bien ofendido. No lograba comprender su actitud, no me entraba en la cabeza que él no entendiera mi postura.

Las horas volaron el resto de la jornada y cuando ya estaba de salida, mi teléfono sonó avisándome de la entrada de un mensaje de texto, al revisar la pantalla pude constatar que se trataba de Mía.

Mía: Tengo noticias de última hora. Acepté la invitación de Claire, para tomarnos un café.

Allison: ¿En serio? Muero de ganas por saber.

Mía: Nos vemos en tu apartamento y así aprovechamos para arreglarnos juntas para la exposición. ¿Te parece?

Allison: Es perfecto. Te veo en un rato.

Mía: Por cierto, papá anda con un humor de los mil demonios. ¿Se pelearon otra vez?

Allison: ¿Andas con Robert?

Mía: Sí, vamos de camino al apartamento... te compró un regalo.

Allison: ¿Un regalo?, ¿pero no me acabas de decir que está de mal humor?

Mía: Repito, anda con un humor de los mil demonios, sin embargo no deja de pensar en ti. Ustedes son un caso para estudiar.

Allison: Dile que lo amo, aunque sea un gruñón.

Mía: Jajajajaja.

Al llegar fui recibida por una lluvia de dulces, pegajosos besos y pequeños abrazos. Nana y las niñas estaban preparando un pastel de frutas. Un agradable olor a manzana flotaba en el ambiente, recordándome que no había almorzado. En seguida me fui a la cocina a buscar algo de comer.

—Huele riquísimo, voy a querer probar un pedacito antes de salir.

—Sí mami, nos ha quedado muy bueno el pastel —explicó Tara sonriendo.

—Mamá todavía le falta quince minutos más en el horno, pero eso no es mucho tiempo ¿cierto? —añadió Amy, mientras se lavaba las manos en el fregadero.

—Eso no es nada, cariño —le dije depositando un beso en su frente, caminando hacía el refrigerador en busca de un alimento.

—¿Tiene hambre? —pregunta Nana, negando con la cabeza.

—¡Muerdo del hambre! Nana.

—No puede pasar tantas horas sin comer, se va a enfermar señora Allison —comienza con su viejo sermón, mientras con eficacia me sirve un succulento plato de crema de espárragos.

—¡Eres mi salvadora! —sonríó llevándome la cuchara a la boca—. ¡Eres la mejor!, por eso te adoro Nana Moritz.

Todas reímos ante mi exagerado comentario, y es en ese preciso instante cuando el timbre de la puerta nos anuncia que tenemos visita.

Las niñas corren gritando hacía la entrada, pero es la Nana quién se encarga de abrirla, dejando pasar a Mía, quién llegaba con una par de paquetes más grandes que ella.



Capítulo 18

—¿Qué es todo eso? —pregunto limpiándome las manos.

—Regalitos, uno para mí y otro para ti de parte de papá.

Negando y sonriendo al mismo tiempo, me acerco a ella para saludarla. Las gemelas al darse cuenta de los paquetes sonríen divertidas.

—Ábrelo mami —me anima, Tara

—¿Lo podemos abrir nosotras? —pregunta, Amy.

Asiento con la cabeza, mientras Mía y yo, nos sentamos a observarlas abrirlos con cuidado. Tara por un extremo y Amy por el otro. Al dejar al descubierto la caja, sus pequeños ojos se abren con sorpresa.

—¡Mami!... Es un vestido de princesa —expresa Tara con la boca abierta, mientras Amy, se ríe.

Me levanto sonriendo por sus expresiones, aunque no lo niego, también estoy llena de mucha curiosidad. Al acercarme pude apreciar un vestido de noche color rosa pálido, lo tomé de inmediato y al estirarlo colocándolo por encima de mi ropa, quedé enamorada de su hermoso y elegante diseño.

Nana, las niñas y Mía, me vieron girar emocionada por todo el salón, corrí hasta mi recámara para confirmar frente al espejo que era perfecto para mi tono de piel y color de cabello. Esa noche me vería regia y muy femenina.

—Es precioso —dijo Mía, en medio de un suspiro.

—Lo es amiga. ¡Una belleza! —lo coloqué sobre la cama y me fui a buscar el móvil, tenía que mandarle un mensaje a Robert.

—¿A dónde vas? —preguntó mi amiga entre risas al verme moverme con tanta rapidez.

—Busco el móvil, tengo que mandarle un mensaje a tu papá —contesto abrazándola emocionada con el teléfono en la mano.

—¡Están locos los dos! —exclama muerta de la risa.

Allison: Gracias, Robert. El vestido es precioso.

Robert: Tú eres preciosa, el vestido es solo un accesorio.

Allison: Eres un adulator. ¿Lo sabías?

Robert: Jajajaja. Ya me lo habían dicho antes. Te veo en una hora, no se tarden. Connor y yo las esperaremos abajo.

Allison: Estaremos listas.

—¿Y bien? —la pregunta de Mía, me devuelve a la realidad.

—Tenemos una hora —comento sonriendo—.Entonces, ¿me vas a contar lo de tu café con Claire?

—Claro, ella fue muy amable, aunque un poco insistente para mi gusto. Creo que se dio cuenta que si no me buscaba yo jamás la llamaría —comenzó mientras dejábamos todo en orden dentro de mi dormitorio—.Sabes que he querido dejar el tema de mi madre atrás y seguir adelante con mi vida y para mí Claire, había quedado en las páginas de ese diario, donde prefiero recordarla como la mejor amiga de mi madre.

—¿Y cómo hicieron para encontrarse?

—Imagínate, me fue a buscar al hospital y esperó a que terminara la guardia, ante tanta insistencia, no me podía seguir negando. Nos fuimos a la cafetería y la escuché.

—¡Estoy a punto de comerme las uñas!... dime que te dijo por favor...—las dos sonreímos mientras comenzamos a trabajar en el maquillaje.

—Básicamente se disculpó por no participar en mi vida, aunque su amiga se lo pidió en

su lecho de muerte. La noté arrepentida y me confesó que fue ella quien tenía ese diario guardado todo este tiempo. Gracias al detective privado ¿lo recuerdas?...

—Claro, como olvidarlo, Robert estaba furioso.

—El mismo, en fin, fue él quien dio con ella, haciéndola recapacitar para que me fuera entregado —Mía, soltó un largo suspiro—. Sin embargo, siento pena por esa mujer.

—No tienes porqué amiga —me giro para mirarla a los ojos y verla asentir.

—Le pregunté acerca de mi padre... —su expresión cambió sonriendo abiertamente.

—¡Mía! ¿Qué te dijo? Espera ya sé su respuesta... —me interrumpe alzando la mano.

—No sabes nada amiga. Las dos hemos estado equivocadas con respecto a ella.

—¿De veras?, ¿no está interesada en Robert?

—Para nada. Ellos se encontraron en la gala benéfica del hospital por pura casualidad. Conversaron y el tema de sus amigos salió a flote. Al parecer, Claire posee una serie de fotos y negativos que eran de mi madre. De eso se trata la exposición de esta noche —nos abrazamos con afecto—. No tienes idea Ally, de cuan emocionada me siento. Al fin voy a poder ver sus rostros, amiga.

Esa última frase tocó mi corazón, era verdad yo no tenía la más mínima idea de lo que ella estaba sintiendo, pero si estaría a su lado para apoyarla en lo que necesitara. Pasé mi mano por sus espalda mientras las dos veíamos nuestro reflejo en el espejo, en silencio le aseguraba que todo saldría bien

Una vez listas, perfectamente vestidas, peinadas y maquilladas, bajamos a nuestro encuentro con los chicos que nos esperaban en la entrada del edificio.

Los dos lucían como recién sacados de la revista, GQ. Ambos en esmoquin negro, nos esperaban de pie en el vestíbulo. Robert, lucía soberbio, elegante, demasiado apuesto y con una sonrisa torcida me recibió ofreciéndome su mano.

—Estás espléndida —murmuró en mi oído, provocándome un delicioso escalofrío.

—Tú tampoco estás nada mal —comento con picardía, dejándome envolver por sus brazos y esa maravillosa fragancia que lo caracterizaba.

«Ahhh, cuanto lo extrañaba. Todo por mi desconfianza», pensé al recordar el cuento de Mía.

—Éstas preciosa, Mía —dijo Connor, en tono seductor, mientras se devoraba a mi amiga con la mirada.

No pude contener una carcajada al ver a Mía, sonrojarse hasta las orejas.

—Gracias... —le contesta antes de besarlo en los labios con delicadeza—.Estás guapísimo —agrega dejándose tomar de la mano.

Robert, se aclara la garganta para comentar:

—Es hora de irnos.

Connor y Mía, conversan de su día en el hospital. Mientras Robert y yo, permanecíamos en silencio en la parte trasera del todoterreno. No obstante, nuestras manos estaban entrelazadas sobre su regazo. De inmediato recordé la conversación con mi amiga, la que aclaraba todo el enredo entre nosotros.

—Lo siento —digo muy cerca de su oído.

Gira su rostro y clava sus hermosos ojos azules en los míos, ladeando la cabeza de un lado sin comprender.

—Explícate mejor.

—Siento que estemos peleados, siento no haber confiado en ti... ¡Oh, Robert! Estoy tan apenada —suelto sin apartar la mirada.

—Mi dulce damisela en apuros, no hay nada que disculpar, ni de que te debas avergonzar —dice en voz baja tomando mi rostro entre sus manos—.De todas formas no iba a dejar que un absurdo malentendido nos separara.

—Robert... soy una tonta y tú eres tan paciente conmigo —agrego bajando la mirada.

—Estamos enamorados —sentencia con dulzura, bajando su rostro, buscando mi mirada.

Asiento cautivada por lo que acaba de decir, Robert estaba en lo cierto, estábamos

enamorados como unos chiquillos y...

—Te amo, Robert Watts —susurro sobre sus labios antes de besarlos con sensualidad.

Pero las risas de Mía y Connor, nos hacen separarnos, recordándonos que no estamos solos. Limpio el lápiz labial de su boca para luego enderezarme en el asiento, sin dejar de soltar su mano, mientras sonrío observando el paisaje por la ventana. Por un instante cierro los ojos, disfrutando lo feliz que me siento y agradeciéndole a la vida el que me haya dado esta segunda oportunidad.

Ahora tengo plena seguridad que al lado de Robert, voy a tener esa familia que tanto he soñado, porque él es el amor de mi vida, ese amor tan bonito y tan intenso que me llena completa, que me hace vibrar con sólo mirarme, con sólo tocarme, con que tan sólo esté cerca de mí.



Capítulo 19

Una vez que cruzamos las puertas de la prestigiosa Galería Ferguson, nos encontramos con la famosa Claire, quien lucía como una estrella de cine, en un hermoso vestido largo hasta el piso en color gris plomo.

Su sonrisa se ensanchó en cuanto nos divisó, haciéndola moverse en nuestra dirección. Mía y ella se abrazaron con efusividad al verse, algo que en este punto de la historia, no me afectaba.

—Gracias a todos por venir. Para mí es un placer tenerlos en mi galería. Pero pasen, por favor —expresó Claire, con exagerada cortesía, mientras se llevaba a Mía de los brazos de su novio.

—Gracias a ti, Claire, por tener este detalle conmigo. No tenías que molestarte —contestó Mía al saludarla.

—No es nada. Para mí es un honor —se giró en dirección a Robert y a mí—. Adelante no debemos demorar la exposición.

Las dos mujeres caminaron hacia el interior, donde se exhibían las fotografías, todas gigantescas, enmarcadas con un estilo moderno. Pero lo más curioso era que habían sido procesadas en blanco y negro.

Mía, se volteó en busca de su padre, con los ojos llenos de lágrimas y una de sus manos puesta en su corazón.

—Anda, cariño, ve con tu hija —lo animé a acompañarla.

Robert me dedicó una sonrisa antes de alejarse. Connor y yo, nos dirigimos al otro extremo del salón para darles privacidad. Entendíamos a la perfección que ese era un momento muy especial para ella al descubrir los rostros de sus padres.

—¿Cómo están las cosas con Robert? —la pregunta de Connor, me sorprendió en el buen sentido, porque sabía lo mucho que él apreciaba a mi prometido.

—Estamos bien, gracias por preguntar.

—Me alegro mucho por ustedes —asentí dejándome guiar por su brazo.

—Y ¿cómo van las cosas con Mía? —reímos al mismo tiempo.

—Sólo te puedo decir una cosa, Allison. Tu amiga, me está enseñando el significado de la palabra paciencia.

Sin querer solté una carcajada, a la que él se unió sin protestar. Sabía lo terca que podía llegar a ser Mía. Pero ese también era su encanto, además los dos se adoraban como locos y para mí eso era suficiente.

—No puedes negar que eso es lo que más te gusta de ella... —dije en tono divertido.

—Se nota que la conoces muy bien —asentí sonriendo—. Es cierto, no puedo negar que por muy testaruda que sea, es la mujer más encantadora y divertida que he conocido jamás.

Justo en ese momento nos situamos ante una de las fotografías. Era una pareja de adolescentes, una chica de ojos brillantes y cabello largo y un chico apuesto de sonrisa traviesa y mirada enamorada. Ambos tenían los ojos clavados en el lente de la cámara, mientras estaban sentados en los escalones de la entrada de una casa.

—¿Verdad que hacen una pareja encantadora? —preguntó Mía, sonriendo colgándose del brazo de su novio.

—Muy bonita —dijo Connor, depositándole un beso en una de sus manos—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, aunque jamás me los imaginé tan jóvenes —comentó con alegría y todos reímos.

Observé a Robert, conversando con Claire y el fotógrafo francés, con quién la había visto en la internet. Cuando andaba en mi faceta de investigadora privada. Faceta que dejaría en el olvido gracias al cielo.

—Allison, quiero presentarte al novio de Claire.

«¿Novio?, yo tenía entendido por los resultados de búsqueda en Google que el hombre estaba casado... bueno ya me enteraría más tarde con Robert».

—Allison Lowen, encantada.

—Gael Faurë, el placer es todo mío. Robert nos estaba contando que se casan la próxima semana, mis felicitaciones.

—Muchas gracias, Gael —asentí entrelazando mi mano a la de Robert, compartiendo una sonrisa.

En ese instante un cliente se acercó para hacerle una pregunta a Claire, quién se disculpó para ayudarlo.

—Vuelvo en seguida, quedan en buenas manos —le guiñó un ojo a su novio antes de alejarse.

—Así es —aseguré

El francés, era un hombre atractivo, agradable y conversador. Nos contó que él fue el encargado de revelar las fotografías, como también de hacerle los retoques necesarios. Mientras nos daba una clase magistral de las técnicas que usó, no podía dejar de pensar en la conversación pendiente que tenía con mi prometido.

Aunque Mía había aclarado mis dudas con respecto a Claire, esperaba que Robert me contara los detalles, lo importante era que debía mantener la calma y confiar en que los dos podríamos ser capaces de disculpar nuestra falta de confianza y enfocarnos en lo que era realmente importante... un futuro juntos.

Al despedirnos de Mía y Connor, en la entrada del edificio dentro del todoterreno, nos fuimos caminando tomados de la mano. Sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra, hasta que llegamos a la sala de su apartamento.

El silencio era insoportable y yo sabía que Robert, me lo estaba haciendo difícil.

«¡Demonios! Me era duro aceptar lo injusta que había sido con él», pensé mientras me descalzaba sentada en el sofá.

—¿Quieres una copa? —la pregunta me hizo alzar la cabeza para verlo.

—Sí, por favor.

Se sacó la chaqueta y dobló las mangas de su camisa hasta los codos, con agilidad.

—¿Te dije que luces hermosa en ese vestido? —su pregunta me arrancó una sonrisa.

Me levanté del sofá para llegar hasta él, quien se encontraba de pie, junto a la encimera de la cocina tratando de abrir una botella de vino blanco. Llegué por detrás, rodeándolo por la cintura con mis brazos.

—¿Me perdonas, doctor Watts? —susurré con afecto.

Robert, deja la botella a un lado, para girarse, tomándome de la cintura. Clavando sus hermosos ojos en los míos.

—¿Y qué exactamente tendría que perdonarte señorita Lowen? —una perezosa sonrisa se asoma en su rostro.

—Lo absurda de mi comportamiento, mis ridículos ataques de celos, mi desconfianza... —suspiro enterrando mi cara en su cuello, aspirando su olor, sintiéndome en casa de nuevo—.!Oh, Robert! —exclamo con tristeza—.¿Volveremos a ser los mismos de antes?

Un suspiro se me escapa, mientras dejo reposar mi cabeza en su hombro, evitando su mirada.

—Hey, Ally. Mírame por favor —murmura despacio con voz cálida.

Alzo la cabeza para enfrentarme con sus ojos, que están llenos de comprensión y cariño, haciéndome sentir estúpida, inmadura y fuera de lugar, mientras.

—No tengo nada que perdonarte, preciosa. Yo también me porté como un cavernícola cuando apareció tu ex... temía perderte mi dulce damisela.

Lo observo completamente derretida por lo que acaba de decir, porque los dos habíamos sentido lo mismo, los dos habíamos desconfiado el uno del otro sin ningún motivo real más que el que nuestras mentes se inventaron.

—Te amo, Robert Watts y estoy loca porque me ayudes a salir de este vestido y me hagas tuya —sonreí con coquetería.

—Pensé que nunca lo dirías, Allison Lowen.

Esa noche me enteré de la historia de Claire y su novio entre comillas. Robert se tomó la molestia de explicarme al detalle desde el día que se encontraron en la gala del hospital, hasta la exposición en la galería.

Pasando por el club de intercambios, esa era la parte de la historia que más me interesaba escuchar. Al parecer ella invitó a Robert con la excusa de que la ayudara a escoger las fotografías para él show, pero cuando llegó a ese lugar, él se dio cuenta que Claire lo había engañado, porque sus verdaderas intenciones eran darle celos al francés, que nunca llegó. De allí la incomodidad de mi prometido esa noche.

«Todo había sido un tonto malentendido, producto de mi desmedida imaginación. En mi defensa intenté alegar que mis nervios con respecto a la boda me jugaron una mala pasada, pero al final no creo que me creyó», deduje, quedándome dormida entre sus brazos.



Capítulo 20

Mis padres se encontraban en Tampa, junto con los de Robert, encargándose de los preparativos de la recepción. Mía, Connor y Emma, llegarían un día antes de la celebración, para la cena en familia que se daría la noche antes de la boda. Ellos se habían complicado para poder salir al mismo tiempo de vacaciones, ya que ambos trabajaban en el mismo departamento.

Al llegar al Resort en *Palm Beach*, donde se celebraría la ceremonia y el banquete, nuestros padres nos esperaban sonrientes en el vestíbulo. Los cuatro lucían impecables y muy sonrientes, no cabía duda lo felices que estaban de vernos. Tara y Amy, corrieron a saludarlos.

—Bienvenida hija, Esther y yo tenemos muchas cosas que enseñarles.

—Hola mamá —la abracé con efusividad—. Esther, gracias por todo, mira este lugar. ¡Es paradisiaco!

—¡Querida! —dijo saludándome con un abrazo—. Robert, ven aquí —lo llamó antes de que se fuera a la mano a los hombres, quienes estaban con las gemelas—. No me has saludado.

Esther acunó su rostro con afecto, depositándole un beso en la mejilla.

—Hola Mamá, luces hermosa como siempre. Pam, ¿Cómo estás?

—Estoy feliz de que al fin han llegado. Nos hemos encargado de todo. Desde hoy dormirán en habitaciones separadas, ¿cierto, Esther?

Robert y yo, compartimos una mirada comprensiva ante la emoción de nuestras madres.

—Así es, hijo. No podrán dormir juntos hasta que se hayan casado.

Decretó mi futura suegra con una sonrisa pícaro en el rostro, guiñándome un ojo.

—Hijo, aquí tienen un campo de golf que debemos conocer, Roger, también juega. Y en lo que llegue Connor, lo probaremos, ¿qué dices?

—Suena bien, papá.

Después de escucharlos por un rato, subimos a nuestras respectivas habitaciones, las niñas y yo en una, y Robert, en la de enfrente. Por suerte seguíamos en el mismo piso. Suspiré aliviada al confirmarlo. Desde que nos habíamos reconciliado, estábamos durmiendo juntos cada noche.

Una vez instaladas, bajé con mi madre para dejar a las niñas con mi papá, quien junto con Thomas las llevarían de paseo.

—Pórtense bien y no los cansen mucho —les murmuré a las gemelas.

—Mami, no te preocupes, estaremos bien con ellos —replicó Tara, dándome un beso.

—Estarán cansadas para cuando regresemos, así que no te preocupes Allison, aprovecha con Robert y hagan todo lo que necesiten.

Aseguré mi padre, depositándome un beso en la frente, las gemelas estaban contentas y eso era suficiente para mí.

Cuando me giré en dirección a las escaleras, me topé con la imagen de mi prometido, que bajaba con su estilo elegante. Traía unos Ray Ban, que le quedan fenomenal, pero lo que más me impresionaba era su sonrisa, la misma sonrisa con la que me hipnotizó el día que nos conocimos.

De pronto siento su mano tomar la mía, se siente suave como el algodón y cuando la presiona con firmeza, me estremezco. Sólo Robert tiene ese efecto en mí, sólo con él podría cometer la locura de casarme por segunda vez.

—¿Qué hay en la agenda para hoy? —preguntó cautelosamente, dedicándome esa sonrisa de lado que me derretía.

—Visita al salón de fiesta, recorrido por la playa dónde se llevará a cabo el evento y por último, verificación de los trajes de los novios. Llegaron ayer. ¿qué les parece?

Terminó mi suegra con su larga lista de cosas por hacer, mientras los dos, nos reímos.

—Suena fantástico, será mejor que empecemos, digo si queremos terminar hoy.

Todos nos reímos mientras nos dejábamos guiar de nuestras madres, quienes no paraban de hablar y de contarnos todo lo que habían hecho desde que llegaron a *Palm Beach*.

El recorrido al salón fue divertido, como era la única boda en esa semana, ya estaban trabajando en la decoración. Conocimos a la chica de las flores y al gerente del hotel quien nos garantizaba que todo saldría a la perfección.

Con una decoración en blanco y azul celeste, se vestiría el ambiente. Flores frescas adornarían las mesas en un largo jarrón, grandes lámparas de cristal le darían ese toque de ensueño. Mesas y sillas blancas decoradas con listones azules, le daban un toque elegante. Era hermoso y refinado sin ser exagerado. Justo como se los había descrito.

—Han hecho un trabajo impecable, es perfecto, ¿te gusta, Robert? —lo miré emocionada.

—Claro que me gusta, preciosa, y ahora más viéndote tan feliz.

Lo abracé, mientras nuestras madres daban instrucciones acerca de las flores.

—¿Qué les parece? —pregunta mi madre sonriendo acercándose a nosotros.

—Estupendo, Pam. No puedo esperar a ver el resto —comenta Robert con entusiasmo.

Del salón seguimos al área de la playa que cerraban de forma privada para este tipo de celebraciones. Estaban armando un imponente arco de madera, al que adornarían con telas blandas, que se moverían con suavidad por la brisa. En las mismas tonalidades, blanco y azul celeste.

Esther nos explicó que antorchas y farolillos delimitarían un pasillo central, para llegar al arco que haría de altar. Sillas blancas de madera a los laterales, dónde se sentarían los invitados, que eran alrededor de setenta personas. La mayoría amigos de Robert, familia y compañeros de trabajo.

El pasillo estaría iluminado, aunque habíamos escogido la hora de la puesta de sol, para que de esa forma el fuego le diera un aire sofisticado. Para completar... el paisaje natural del mar, la arena blanca y un espectacular cielo azul con tonos rojizos, serían el fondo perfecto, dándole un atractivo especial a la ceremonia.

El sonido del móvil avisándome la entrada de un mensaje de texto, me saca de mi ensueño, al revisar la pantalla sonrío al darme cuenta que es Mía.

—¡Es Mía! —expreso emocionada.

—¿Está al teléfono? —pregunta Esther, sonriendo.

—Es un mensaje de texto

—Entonces pregúntale por favor, cuando llegan. Ya deberían estar aquí. Por cierto Robert, ¿cómo va la relación con Connor?

Asiento y me alejo al escuchar el rumbo que estaba tomando la conversación:

Mía: ¿Llegaron a Palm Beach?

Allison: Sí, esta mañana. ¿Cuándo se vienen?

Mía: Con suerte mañana en la tarde, justo para la cena. No tienes idea de todo lo que ha pasado.

Allison: ¿Algo malo?, no me dejes en ascuas amiga.

Mía: No te preocupes por mí, asegúrate que todo quede como quieres para mañana.

Allison: Pero respóndeme, ¿estás bien?

Mía: No debí comentar nada, ya te imagino preocupada. ESTOY BIEN ALLY. Nos vemos pronto.

Allison: Hasta mañana entonces amiga. Buen viaje.

Siento los brazos de Robert rodearme por los hombros, recuesto la cabeza sobre su duro pecho escuchando los suaves latidos de su corazón, inhalando su agradable fragancia, que ahora unida al salitre de la playa era aún más irresistible.

Dejo salir un suspiro preguntándome: «Qué es eso que Mía, no se atrevió a contarme...?»



Capítulo 21

—¿Qué te dijo?

—Me aseguró que llegaran mañana antes de la cena.

—¡Chicos!, es mejor que nos regresemos al hotel, tu padre me acaba de llamar avisando que las gemelas están hambrientas.

Robert y yo sonreímos al mismo tiempo, imaginándonos a las niñas volviendo locos a los abuelos.

—Allison, querida, ¿está todo bien con Mía? —preguntó Esther preocupada.

Caminé hacia ella, pasándole un brazo sobre los hombros y en tono confidencial, me encargué de tranquilizarla:

—Mañana estarán aquí, fue solo un inconveniente en el trabajo —asintió, al parecer mi estrategia había surtido efecto.

—¡Sabes Ally!, nunca había visto a mi hijo tan feliz. Me alegra ver cuánto se aman.

—¿Se nota mucho, Esther? —pregunto sonrojada de los pies a la cabeza.

—Es muy evidente, pero no te avergüences de ello. Un amor tan fuerte como el de ustedes es... sencillamente hermoso.

—¿Qué hablan ustedes con tanto misterio? —interviene Robert, en la conversación, colocándose en medio de nosotras.

—Del amor —suspira Esther, observándolo con afecto—.Le estaba comentando a Allison, lo feliz que me hacen al casarse.

—Ya vez, me atraparon —comenta riéndose, dedicándome una mirada apasionada—.Me atrapó la mujer más bella, inteligente y trabajadora de todo Nueva

York.

Suspiro como una mujer enamorada que soy, mientras me dejo envolver por sus palabras. Hasta que un segundo más tarde diviso a las niñas corriendo hacia Robert, quién se había inclinado y abierto los brazos para recibirlas.

Esther y yo compartimos una mirada que lo decía todo y como siempre mi sentimentalismo me consume, mis ojos se llenan de lágrimas, porque me siento la mujer más feliz de la tierra.

La mañana siguiente se pasó como un relámpago, mientras nos ocupábamos por separado de probar nuestros trajes para cerciorarnos que todo marchaba sobre ruedas.

Los nervios comenzaron a invadirme, pero esta vez de una manera diferente, no paraba de sonreír y de aceptar cualquier propuesta, así que cuando recibí el mensaje de texto de Robert, para encontrarnos a solas en la barra situada en el área de la piscina, no dudé ni por un segundo en acceder.

Robert: Te espero en la barra que está en el área de la piscina.

Allison: Voy a intentarlo, no te prometo nada.

Robert: Inténtalo, dos noches sin ti sería un castigo muy grande.

Allison: Veré que hago, dame diez minutos.

Robert: Si no vienes iré por ti.

Allison: Jajajajaja. Eres un desesperado, por eso te adoro.

Robert: Estoy impaciente, preciosa.

Al terminar de leer el último mensaje, me giro sonriendo en dirección a mi madre y las niñas, pero me sorprende al verlas abrazando a Mía. Corro emocionada en su dirección para saludarla.

—Amiga, es bueno verte en *Palm Beach*.

—Vayamos por una copa —me sonríe y se gira hacia mi madre—. ¿Pam, te molestaría si me llevo a la novia por una copa antes de la cena?

—Para nada, es más creo que la necesita, vayan tranquilas y disfruten —mamá me dedica una mirada afectuosa—. No te preocupes por las niñas, diviértete un rato con Mía. Nos vemos en la cena.

Nos despedimos de las gemelas llenándolas de besos y muchos abrazos, ellas también se habían medido sus vestidos, lucían encantadoras.

Abrazadas y muertas de la risa, nos fuimos caminando hacia el área de la piscina.

—Con toda la emoción que tengo de volver a verte, no te he preguntado por Connor —Mía baja el rostro, parecía triste—. ¡Mía! ¿Y Connor? —ella suelta un largo suspiro antes de responderme.

—Tranquila, se quedó con mi padre en el área de la piscina.

—¿Está todo bien entre ustedes? —asiente y niega al mismo tiempo, apretando los labios, confundíendome aún más—. Amiga, dime algo.

—¡Sí! ¡No! No lo sé. Creo que soy yo. Vamos a cumplir tres meses, sabes muy bien que nunca he pasado más de ese tiempo con ningún otro novio y sé lo ridículo que suena... —se detiene observándome y agrega—. No tienes por qué rodar los ojos de esa manera tan exagerada, Ally.

Suelto una carcajada de alivio, porque pensaba que estaban mal las cosas entre ellos, pero como siempre Mía no deja de sorprenderme y aunque quizá su problema es serio y de seguro requiere de ayuda psicológica, no puedo evitar que me cause mucha gracia.

—Lo siento amiga, no volveré a rodar mis ojos. Cuéntame que es lo que está pasando.

—Connor, me está presionando para que me valla a vivir con él. Y esto no está pasando desde ayer, está pasando desde el primer día que nos hicimos novios. Tu sabes que una cosa es pasar unas cuantas noches en casa de tu novio, pero otra muy diferente, es mudarme y convivir las veinticuatro horas del día con él. Además los dos trabajamos juntos. No lo sé, de seguro soy una tonta por no saltar corriendo a su apartamento a jugar a la familia instantánea. —se lleva la mano a la cabeza, se le notaba exasperada—. Otra cosa amiga, ¿te acuerdas del club de intercambios?... —asiento con los ojos abiertos.

—Claro, amiga, como olvidarlo.

—Connor me invitó la otra noche... y ...

Mía, detiene sus palabras al escuchar voces masculinas que se aproximaban a nosotras, me volteo cerciorándome de que eran Connor y Robert, distraídos conversando acerca de la carrera de autos.

—Las estábamos buscando.

—Hola Connor y ¿dónde está Emma?

—Hola Allison. No la pude traer, se quedó muy molesta conmigo —me saluda con cortesía y añade—: Me disculpan pero me gustaría tomar una ducha antes de la cena, el viaje ha sido agotador.

—Entonces aprovechen —dijo Robert—. Tienen una hora.

—Te acompaño —comenta Mía, guiñándome un ojo.

—Nos vemos en el restaurante del hotel, allí hemos hecho la reservación.

Nos despedimos de ellos y seguimos nuestro camino, pero esta vez hacía la habitación de Robert.

Como dos adolescentes escapados de sus padres, entramos casi de puntillas al pasar frente a mi dormitorio. No queríamos llamar la atención de mi madre y mucho menos de las niñas.

Unas vez dentro, Robert se ocupó de rellenar un par de copas de champan, que se estaba enfriando en una hielera sobre la mesa.

—Habías planeado este encuentro —digo entre risas acercándome hasta llegar a él.

—Me gustaría decirte que no, pero te mentiría —me mira seriamente al hablar y aunque su tono resulta del todo inocente, no puedo evitar que un escalofrío me recorra la espalda.

—¡Vaya! ¿Y que más has planeado para hacer en una hora? —pregunto mordiéndome el labio inferior, dejándome arrastrar hasta su pecho con suavidad.

La atmosfera de su habitación era tan delicada como sensual, una suave luz entraba por los pliegues de la cortina. Robert, me entrega la copa para chocarla con la mía.

—Por los novios.

—Por los novios —le contesto, para dejarme envolver por su mirada, que me recorre entera, haciendo que mi piel reacciona ante la simple caricia de sus dedos sobre mis hombros. Era increíble.

—Eres hermosa —me dice con voz pausada.

—Robert... por favor...

—¿Por favor, qué? —pregunta mientras me presiona contra su cuerpo, sujetándome de las caderas.

Antes que tenga tiempo de responder, su boca cubre la mía. Me reclama, me devora. Mi mente queda en blanco, mis pensamientos se desvanecen y son sustituidos por el deseo, por la necesidad de que mi futuro esposo me haga suya.

Con los ojos cerrados, lo acaricio hundiendo los dedos en su cabello, atrayéndolo más hacia mí. A pesar de mi arranque apasionado, Robert, me separa con lentitud.

—Te extraño —digo colocando mis manos sobre sus fuertes hombros.

Su rostro se ilumina ante mis palabras, es imposible ignorar el brinco que ha dado mi corazón y siento como un ardor me invade, cuando me toma en sus brazos dirigiéndose a la gran cama.

—Vamos a llegar tarde a la cena —susurra en tono vencedor sobre mis labios, antes de besarme otra vez.



Capítulo 22

—¡Allison! ¿Estás bien? —pregunta mi madre alarmada, al verme soñar despierta.

—Mamá, nunca he estado mejor en mi vida —le aseguro con cariño.

Ella entrecierra los ojos no muy convencida. Mientras las niñas corren por toda la habitación, gritando de felicidad. Mía, Esther, y mi madre, se dejan maquillar, por una profesional. Así que me dedico a comprobar mi peinado y maquillaje frente al enorme espejo que adorna la pared.

Pero el recuerdo de nuestro fogoso encuentro de la noche anterior, no lo podía apartar de mi mente:

Robert tenía dos dedos dentro de mi cuerpo, mientras que con su juguetona lengua seguía torturándome deliciosamente el clítoris. La dulzura de esa caricia, suave y delicada, me derretía, haciéndome olvidar la cena y de nuestros invitados que nos esperaban en el restaurante.

—No te muevas, preciosa —gemí extasiada al escuchar su voz ronca, aumentando mi excitación.

—¡Oh! Robert, qué delicia —exclamé abrumada.

Hervía de deseo cada vez que su lengua entraba en contacto con mi intimidad, suspiré extasiada con los ojos cerrados rendida por completo a la fantasía que mi adorado provocador me hacía sentir.

Robert era un amante fantástico, siempre asegurándose de complacerme, estimulándome al máximo con palabras y sensuales caricias. Le gustaba sentirse en control... y yo lo dejaba encantada.

—Quiero sentir tu orgasmo preciosa.

Se levantó para penetrarme con profundidad, moviendo sus caderas al ritmo de las mías. Después de unos cuantos movimientos, me dejé arrastrar por un orgasmo incontrolable. Enajenada por el placer que se apodera de mi cuerpo con violencia, grité de felicidad.

—¡Robert! ¡Oh... Robert!

Él sale de mí a los pocos segundos, dejando que me recupere por un par de minutos, acostándose a mi lado rozando con sensualidad el costado de mi cuerpo.

—Me gusta mirarte cuando gozas, mi dulce damisela —me susurra al oído, pero esta vez no me importa que me llame de esa forma, he aprendido que nada es importante mientras estoy en sus brazos.

Tomo una de sus manos y la llevo hasta posarla en uno de mis senos, Robert lo acaricia y lo aprieta hasta hacerme gemir, luego la desliza por encima de mi vientre, hasta encontrar mi sexo.

—¿Te he dicho que te amo? —le pregunto con coquetería.

—No hemos terminado todavía —afirma con una sonrisa de medio lado, mientras yo me remuevo entre las sábanas, haciéndome sentir deseada, lista para una segunda tanda.

—Te voy a poseer, Allison —anuncia antes de entrar de un golpe y con un bramido de placer en mi empapada intimidad.

Sorprendida por el asalto de Robert, arqueo mi cuerpo dejando escapar un largo gemido. Me llena entera con su virilidad al rodearlo con mis piernas por la cintura, provocando que su penetración se vuelva más intensa. Porque con cada movimiento de su pelvis, se entierra más profundo en mi vientre.

—¡Ahh! Encajamos a la perfección —declara Robert, aferrándose a mis nalgas con furor acelerando su movimiento.

—¡Ohh. Sí. Robert! —confirmo en la cima de mi excitación.

Se hunde en mí con ardor, repitiendo su sensual movimiento hasta que alcanzamos al mismo tiempo un maravilloso orgasmo. Mientras nuestros gritos se mezclan desahogados. En la habitación se escucha el sonido agitado de nuestras respiraciones como también se percibe el perfume embriagador de nuestros sexos.

Es así como después de ese grandioso encuentro sexual llegamos treinta minutos tarde a la cena. Luciendo desarreglados, vistiendo la misma ropa informal de la tarde y

para rematar... yo me encontraba con la cara lavada, sin una gota de maquillaje. Sin embargo no me arrepiento, bien valió la pena.

Nuestros invitados, fingieron no darse cuenta de nada. Anunciándonos con gentileza que habían comenzado a ordenar las bebidas sin nosotros. Me sonrojé al notar la sonrisa de burla de Mía y Connor, a los que le guiñé un ojo antes sentarnos para brindar por los novios.

—Eres una novia adorable, Allison —me confirma mi futura suegra con los ojos llenos de lágrimas, trayéndome al presente.

—Esther, por favor ... —la abrazo emocionada—. Me vas hacer llorar también, y no podemos dejar que este estupendo trabajo de maquillaje se arruine.

—Eres perfecta para mi hijo —agrega en medio de un suspiro conteniendo la emoción.

—Él es perfecto para mí. Amo a su hijo con locura y deseo con todas las fuerzas de mi corazón hacerlo muy feliz.

Se lleva la mano al corazón dedicándome una afectuosa sonrisa, podía notar lo satisfecha que estaba.

—Será mejor que me vaya, tengo que apurar a los hombres, de seguro Thomas y los demás siguen en el campo de golf.

—¡Abuela! Espera... —grita Mía, apurándose en llegar hasta ella—. Me voy a quedar con Allison, nos vemos en la playa.

Ella asiente, pero antes de desaparecer nos lanza un beso desde la puerta, tomo la mano de mi amiga, porque estoy feliz, tan feliz que siento miedo de que se pueda estropear.

«¿Pero qué cosas digo?, me merezco lo que me está pasando, merezco ser feliz con el hombre que amo, merezco ser parte de una familia tan bonita como lo son los Watts».

Por el rabillo del ojo, observo a mi amiga, revisando su móvil, moviendo sus dedos con agilidad, respondiendo un mensaje de texto.

—¡Allison!, es hora de vestirnos —su gran sonrisa es contagiosa—. Pam, ¿estás lista? ¿Dónde están los vestidos de las niñas? —suelto una carcajada al verla tan apurada.

—¿Acaso estas nerviosa, Mía? —comento caminando hacia el closet para buscar los vestidos de las niñas.

—¡Oh por Dios! —exclama mi madre—. Mía tiene razón, mira la hora... vamos Amy, ven conmigo, vamos a vestirnos de princesa.

—Yo me encargo de Tara —la interrumpe Mía, casi arrancándome el vestido de la mano—. Y tu amiga espera para que te ayudemos tu madre y yo con el traje de novia.

No sé si eran los nervios acumulados, la alegría que sentía o la felicidad que flotaba en el ambiente, pero no podía parar de sonreír al verlas moviéndose con tanta agilidad. Pero el sonido de un mensaje de texto, nos pone en alerta y al comprobar la pantalla, suelto un grito:

—¡Es Robert! —mi madre corre para quitarme el teléfono de la mano.

—¡Hija!, es de muy mala suerte. No debes hablar con él hasta después de la ceremonia —alegó determinada, provocándome otra fuerte carcajada.

—Pero, mamá, estamos en el siglo veintiuno, en el año 2016, los tiempos han cambiado.

Digo con dulzura tratando de recuperar el móvil. La curiosidad de saber que decía su mensaje me estaba matando. Sin embargo ella se mantiene en su posición... reacia a devolverme el aparato.

—Es por tu propio bien, Allison, hazme caso —se giró dándome la espalda, dejándome con la palabra en la boca.

Mía, quién le estaba subiendo la cremallera del vestido a Tara, se reía por lo bajo, me acerqué a ellas para contemplar a mis niñas, que estaban tan lindas con sus vestidos color hueso, que parecían sacadas de un cuento de hadas.

Me incliné quedando a la altura de sus lindas caritas y les deposité un beso a cada una en sus frentes.

—¿Quién me ayuda a cerrarme el vestido? —pregunta mamá, alisándose la falda de su fabuloso traje en color dorado.

Mandé a las niñas a sentarse mientras terminábamos de vestirnos, sabía que en lo que llegáramos a la playa sería una tarea imposible mantenerlas pulcras y arregladas.

—Yo la ayudo, Pam, venga por aquí —mi amiga llamó a mi madre sonriendo—. Luces

regia, el color del vestido te resalta el tono de tu piel.

—Sí, mamá... te ves fantástica —opino llevándole una fina gargantilla de oro para completar el atuendo.

Una vez listas las niñas y las dos mujeres, era mi turno. Entrar en el vaporoso vestido de novia sería toda una odisea. Pero bien valía la pena. Mía por un lado, me ayudaba con la parte trasera, ajustando la cremallera. Mientras mamá se ocupaba junto con la maquilladora a colocar del velo... y es allí en ese preciso instante, cuando me llevan frente al gran espejo.

Con la mirada puesta en el suelo, siento mi corazón desbocado dentro de mi pecho, estoy tan nerviosa que me cuesta subir los ojos. Pero me armo de valor y con timidez comienzo con el borde de la falda, apreciando la delicada tela color crema que cubre mis zapatos de tacón.

Sigo subiendo sintiendo como se ensancha mi sonrisa, porque el vestido es tan hermoso que me hace sentir como una princesa y es hasta descubrirme entera bajo el elegante velo que ya no puedo contener las lágrimas agolpadas y a punto de salir... por suerte la maquilladora guiñándome un ojo, me asegura que me dejará como nueva. Y yo la adoro por salvarme la vida.



Capítulo 23

—Allison, estoy muy orgulloso de ti —las palabras de mi padre me llenan de regocijo.

—Y yo de ti, papá —afirmo con una leve sonrisa.

Suspiro tomándolo del brazo, dispuestos a caminar por la arena hasta el arco de madera adornado con flores y trozos de tela blancas y azul celeste, que ondeaban por la ligera brisa.

Todos los invitados esperaban de pie aplaudiendo en cuanto las gemelas hicieron su gran aparición, esparciendo pétalos de flores a lo largo del pasillo central. Lucían radiantes, mi madre las esperaba en primera fila. Luego fue el turno de Mía, mi adorable dama de honor.

Ella llevaba un vestido en color turquesa, que le resaltaba a la perfección la tonalidad de su piel. Connor, la esperaba al lado de Robert, dedicándole una mirada cálida llena de amor. Ellos aunque mi amiga no lo terminara de aceptar hacían un hermosa pareja.

Pero quien se robaba toda mi atención era el novio: «¡Oh Robert!, lucía caliente como el infierno, en ese traje de tres piezas en dos tonalidades, blanco y beige... sencillamente fantástico». Permanecía junto al reverendo. Esbozando una enorme sonrisa, demostrándome cuanto me amaba y lo feliz que se sentía.

Un paso a la vez, llegué hasta el pequeño altar. Mi padre se despidió de mí, depositando mi mano en la de mi adorado prometido... y yo me sentía a punto de desmayarme como el primer día que lo conocí.

La calidez de su agarre me tranquilizó y sin soltar nuestras manos se llevó a cabo la ceremonia. El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, al notarlo intercambiamos una mirada llena de satisfacción, todo estaba saliendo como lo había soñado, todo era perfecto.

—Allison Lowen. ¿Acepta por esposo a Robert Watts? —fue lo único que mi abrumada cabeza pudo retener.

Alcé mis ojos, buscando los suyos, ratificando lo que era obvio, Robert asintió recibiendo de las manos de Connor la pequeña caja donde se encontraba la alianza de

oro blanco.

Al deslizarla sobre mi dedo anular, una fuerte descarga eléctrica recorrió mi cuerpo por completo.

—Acepto —confirmo sonriéndole a mi casi esposo.

—Robert Watts. ¿Acepta usted por esposa a Allison Lowen?

Mía, me toca el hombro para hacerme entrega del anillo, lo tomo con manos temblorosas, comenzando a deslizarlo por su dedo, cuando lo escucho:

—Acepto a Allison Lowen como mi esposa, hasta el último día de mi vida.

A punto de llorar de la felicidad, clavo mis ojos en los suyos, articulando la palabra: Te Amo, sin emitir ningún sonido.

—Entonces los declaro marido. Puede besar a la novia.

Un beso corto, pero muy apasionado cerró la ceremonia y entre abrazos de los invitados, besos y lágrimas de felicidad de nuestros padres, le dimos paso a la celebración dentro del salón de fiesta.

El ambiente era una mezcla de cuento de hadas y elegancia, los colores le daban un toque fresco y ligero. La banda en vivo de rock urbano que sonaba de fondo era extravagante, pero en el buen sentido.

Entre aplausos, me dejo llevar por mi recién esposo hasta el centro de la pista, para hacer nuestro primer baile de casados. Los dos sonreímos cuando los primeros acordes de nuestra canción favorita "*A tan sólo una llamada*", de Charlie Puth, comienza a sonar.

—¿Te he dicho que te amo, mi adorada esposa? —dice seduciéndome con su sonrisa torcida.

—No, nunca lo has dicho esposo mío.

—Entonces, te lo diré otra vez... —suelta mi cintura, para tomar mi rostro entre sus manos—. Te amo Allison, con toda mi alma. —dejo que me bese con suavidad, totalmente embelesada.

Y son esas palabras las que me desarmen con delicia, las que me erizan de pie a

cabeza y me hacen agradecerle a la vida por haber puesto este hombre tan maravilloso en mi camino.

Son esas palabras las que quedaran grabadas con fuego en mi corazón, porque desde que lo conocí, se lo entregué sin darme cuenta... mi corazón tiene un solo dueño: Robert Watts.

FIN

Sobre el Autor



A.G. Keller, es una apasionada de la lectura, la buena comida, el vino, la música y el cine. Desde los doce años comenzó a escribir sus primeros relatos.

Reside en los Estados Unidos, desde el año 1995. Vive en un pequeño suburbio en las afueras de Dallas, Texas, con su familia.

Mía, es su primera novela auto publicada por Amazon, un sueño hecho realidad. Su segundo proyecto se titula: ADICCIÓN, siguiendo el mismo género de romance, un reto contado en dos voces. Y ahora nos presenta ALLY, su tercer proyecto, la historia de Allison y Robert, personajes secundarios de Mía.

Cualquier duda, crítica o sugerencia, la puedes dejar en su correo electrónico. Como también puedes seguirla en las redes sociales.

Si estás interesado en adquirir cualquiera de sus títulos en versión Papel, autografiados y con un regalito sorpresa, ponte en contacto: agkellerescritora@gmail.com

Twitter: [@ag_Keller](https://twitter.com/ag_Keller)

Instagram: [@a.g.keller](https://www.instagram.com/a.g.keller)

<http://agkeller.wix.com/agkellerescritora>

<https://www.facebook.com/A.G.Keller.Escritora>